

Siempre nos quedará

Calcuta.

Por

Nicolás Gaudenzi.

Aunque el primer puerto indio¹ que pise fue Nueva Delhi (justo el día de mi cumpleaños) mi verdadera llegada a la India no se dio sino hasta dos días después en Varanasi. Varanasi, la ciudad de Shiva, del sagrado Ganga, de los muertos, me recibió majestuosa y caótica, con su gente de mirada profunda, sus callejuelas laberínticas, sus moscas y su calor.

El hotel al que llegamos (Sonmony) tiene balcones que dan justo a un *ghat*² sobre el Ganges. Allí, a diario se creman decenas de cuerpos, siguiendo la tradición hindú.

Mi verdadera llegada a la India se dio en Varanasi y mi verdadero reencuentro con el amor de Valeria se dio justo en aquel cuarto con vista a los crematorios. Me parece una hermosa ironía que, mientras afuera la gente le cantaba a sus muertos, nosotros, haciendo el amor le cantábamos a la vida.

Quiero contar la historia de esa canción, pero antes...

Un poco de contexto.

Valeria partió hacia la India por esas mismas fechas un año atrás. Se había ganado un beca muy prestigiosa para estudiar en una especie de internado, situado en la mitad de la nada, pero eso sí, muy lejos de México.

¹ Indio se refiere a lo que es originario de India. Hindú, por otra parte, es particular a lo que pertenece a la religión hinduista.

² Crematorio

Por supuesto, educación de excelencia garantizada (con un sistema que llaman Bachillerato Internacional), lindos paseos entre árboles y vacas, y la posibilidad de un servicio social donde realmente se necesita. Por qué Valeria, en medio de la dulzura y el romance de nuestra relación adolescente, decidió aplicar a una beca de ese estilo me es un misterio, o , en todo caso, es muy complicado para que yo lo entienda, pero el punto es que después de un proceso de selección de varios meses, en el que mi miedo crecía a escalas más o menos indescriptibles, quedó decidido que la mujer de mis amores se fuera a vivir a un pueblo perdido en el culo del mundo. Por eso, la despedida en el aeropuerto, entre lágrimas, mocos y demás artículos de nostalgia resultaba incomprensible, o en todo caso, exagerada, para todos excepto los más allegados a nuestra historia. Una historia llena de momentos hermosos y que estoy tentado de contar, en ejercicio de diván freudiano, pero que no viene al caso y que para efectos de lo que viene a continuación es suficiente con saber que estuvo llena de momentos hermosos y que la despedida fue una llena de mocos.

Un poco más de contexto

Ya he dicho que Varanasi fue mi verdadera llegada a la India, pero es cierto que entre México D. F. y Varanasi hay un largo camino y algunas cosas que contar.

Equipado lo más *ad hoc* que se puede (es decir, la imagen mal lograda del viajero *Lonely Planet*, libro que por lo demás ya había intentado conseguir) salí triunfal del monstruo urbano que es el D.F. y tome ruta para Nueva York, mi primera escala. Omitiré por prudencia los eventos que se suscitaron en el aeropuerto de tan célebre ciudad por mi falta de visa y seguiré la historia unas 6 horas más tarde, cuando, harto ya del acento de granjero texano de mi custodio, salí por fin hacia Londres, la segunda escala.

Los ingleses se portaron más amigables y no pareció importarles que no tuviera visa. Incluso me dejaron fumar en una zona abierta del aeropuerto en lugar de las jaulas de contención contra humeantes peligrosos que usan los gringos. Y ahí sucedió, vi por primera vez un hombre usando turbante. Pronto me di cuenta de que la cosa era común en el aeropuerto de una ciudad tan cosmopolita pero aun así, la emoción seguía presente. Ver un turbante era un claro símbolo de que estaba cerca, muy cerca y faltaba cosa de unas horas para llegar a un lugar donde todos usarían turbantes y estaría Valeria con los brazos abiertos, esperándome. Así que más animado fui a un simpático restaurante

por un desayuno real y salí francamente desanimado diez minutos después, todavía pensando en lo que me habían cobrado por un par de huevos tibios. “Animo...” pensé “...toma ese ultimo avión y antes de que te enteres estarás en India”.

Trescientas horas más tarde, (está bien, lo admito, tal vez no fueron trescientas horas, pero les prometo que lo parecieron) volaba por encima de Pakistán cuando mi vecino de asiento se levantó sobresaltado, puso un tapete en el piso y comenzó a orar. Aun entre sueños pensé que era una maravilla tener gente que hiciera cosas del tipo “tapete volador” que en la vida normal me resultarían impensables. Ya un poco más despierto reflexione sobre las desventajas de que mi excéntrico acompañante tuviera esa capacidad de sobresaltarse, orar y después caer en un sueño tan placentero, al que seguía un intenso concierto de ronquidos y toses propias de un león africano pero muy inconvenientes cuando uno se dirigía al subcontinente asiático y no podía dormir con tanto ruido.

El primer pie en India.

Lo primero que uno nota en la India es el olor. Es una lástima que tengamos tan pocos conceptos par describir los olores, porque el de la India merecería un tratado de muchas páginas. Hay frutas exóticas, hierbas

aromáticas, polvos, sales, humos y sudores ordenados en una sinfonía indescriptible. Eso, más la humedad y el calor hacen de la primera experiencia de India algo mágico. Después se me ocurrió que en el aire también debía haber algún tipo de narcótico, que el gobierno del país proporciona en generosas dosis, porque sino no se explica que todo el mundo se tomara con tanta tranquilidad la hora y media de cola que hay que hacer para pasar por migración y no se agarran a golpes con el primero que se pusiera enfrente. ¡Ay, cuántas cosas me quedaban por saber de India! Por fin, a punto de que se acabara la última hora de mi cumpleaños, logré recoger el equipaje y salir victorioso, con ojeras hasta las rodillas pero victorioso, con la boca seca y el pelo revuelto pero victorioso, con hambre, sueño y hartazgo pero victorioso, a encontrarme con los brazos de Valeria, que se cerraron en un rápido y frío abrazo y que me dejaron otra vez solo, desprotegido, y no tan victorioso en menos de lo que canta un gallo. ¿Así que había esperado un año, había viajado desde el otro lado del mundo y alimentado todo tipo de fantasías para recibir el abrazo que le da uno a su tía, la pelma, cuando se despide? De ninguna manera, que me regresen en el acto a mi país en vuelo express con ronquidos incluidos. Afortunadamente para mi (y para la historia) la mujer de mis amores notó inmediatamente mis reproches y procedió a convertirse en guía

de turismo alternativo (papel que desempeñaría en repetidas ocasiones) para explicarme que, a pesar del Kamasutra, la cultura hindú es muy conservadora y no acepta las muestras de cariño en lugares públicos. Yo por mi parte, procedí a convertirme en turista alternativo modelo, respetuoso de las culturas ajenas y me quede con las ganas inmensas que tenía de repetir alguna escena de Hollywood en pleno aeropuerto de Nueva Delhi. Ni siquiera pude besarla tranquilamente en el taxi (¡ah, los taxis!) que nos llevó a nuestro hotel, no fuera a ser que el chofer se ofendiera y nos dejará varados a la mitad de un barrio particularmente peligroso.

Hacia las tres de la mañana llegamos, más salvos que sanos, a la habitación 331 del hotel de la YMCA y pudimos al fin quitarnos los disfraces alternativos, las maletas y la ropa. Si llega a salir la versión sin censura de este texto, les contaré las delicias que un año de espera, un calor de 40° C y una cama matrimonial pueden proporcionar al viajero. Por el momento, adelantemos el reloj una horas y veamos mi primera conversación con un indio de carne y hueso.

STD

A estas alturas, era de vital importancia que el viajero se comunicara con la comandancia general para informar que aparte de unas noches sin

dormir, la fase de transportación había concluido con éxito y detener así un posible ataque de paranoia que resultaría en mi madre hablando a la INTERPOL para organizar una búsqueda mundial de su hijo querido. Con esta preocupación en mente, me dirigí a la recepción.

-Buenos días, me gustaría hacer una llamada-

- Si, claro. Ningún problema.-

“Vamos bien” pensé.

- Es una llamada por cobrar a México-

- Bien. El horario en que está disponible el teléfono es de diez a dos.

El reloj marcaba doce menos cuarto.

- Perfecto. ¿Me puede comunicar al ...?

- No señor. El horario es de diez a dos, mañana. Hoy no se puede usar el teléfono.

Por supuesto, era domingo. Nunca entenderé porque si Dios empezó a crear el mundo ese día, todos insistimos en descansar el mismo.

- Entonces puedo usar Internet.

- Eso sí. El horario es de diez a dos.

- OK. ¿Donde hay computadora?

- No señor. El horario es de diez a dos, mañana.

“Este tipo no entiende los peligros mundiales que se avecinan si no contacto a la comandancia general”

- Esta bien. Entonces déjeme mandar un fax.
- Por supuesto. El horario es de diez a dos.
- ¿Mañana?
- Sí, claro. Mañana.

Con esto entendí la dinámica del lugar y me di por vencido. Habría que salir a buscar un teléfono cuyo horario fuera de diez a dos, pero hoy mismo.

Un consejo para cualquier viajero: la solución para la mayoría de tus problemas en India se llama STD, y se presenta en forma de pequeñísima cabina telefónica con apariencia de haber sido construida hace un par de siglos.

Solucionado al fin ese problema, me dirigí rápidamente a mi segunda conversación con un indio de carne y hueso. Valeria había reservado unas boletos de tren para partir ese mismo día hacia Varanasi. Me pidió que fuera a recogerlos mientras ella arreglaba alguna cosa que no recuerdo.

Los boletos o sobre las cosas

que uno no se pregunta

Ya habrá tiempo de contar la forma tan especial en que se hacen los negocios en India, por ahora solo comentaré que apenas puse un pie en la oficina de trenes, uno de los que atienden dejó de jugar a las cartas y procedió a servirme un *chai*³ .

- *Namasté* – dije propiamente. (Minutos antes mi guía personalizada de turismo alternativo me había instruido en el uso de este vocablo para saludar)
- *Namasté*, ¿qué necesita?
- Dejaron reservados unos boletos a nombre de Valeria y vengo a recogerlos.

El hombre parecía confundido o turbado. Movi6 la cabeza de una forma muy peculiar. Acerc6 ligeramente su oreja izquierda a su hombro izquierdo para, inmediatamente despu6s, cambiar la direcci6n del giro y acercar su oreja derecha a su hombro derecho, todo esto en un movimiento repetitivo y r6pido.

- Son unos boletos para hoy, en la noche, hacia Varanasi.- me apresur6 a informar al ver su confusi6n.

El hombre repiti6 el gesto.

³ T6 negro con mucha leche, az6car y cualquier cantidad de especias (masala).

- ¿Los tienen? – pregunte un poco asustado de que se hubieran perdido entre tanto papel suelto que había en esa oficina.

Hizo el gesto una vez más y esta vez añadió una sonrisa.

- Bueno. ¿Los tiene o no? – pregunté más irritado.

El tipo se preparaba a repetir su *mudra*⁴ y yo a poner el grito en el cielo ante una irresponsabilidad tan grande, cuando se abrió la puerta y entró, linda ella, la mujer de mis amores. Le expliqué en seguida que, ni modo, habría que dormir unas noches más en ese esperpento de ciudad y conseguir nuevos boletos, sin mencionar que lo más probable es que perdiéramos el dinero de los anteriores porque la sonrisa con que me miraba el encargado indicaba que no le preocupaba nada haber perdido nuestros pasajes y no tenía la menor intención de reponerlos.

De haber sabido. Hay cosas que uno no se pregunta, en principio porque no habría porqué preguntárselas y que, en todo caso, a uno le tendrían que advertir desde el primer momento. No, el gesto de afirmación no es el mismo en todo el mundo y mover la cabeza como si se tuviera una tortícolis severa puede ser una forma de afirmar. Los boletos sí estaban en esa oficina, el encargado no era un irresponsable (de hecho resultó ser un gran tipo) y todo

⁴ Movimiento corporal con connotación ritual .

quedó reducido a un mal entendido que una guía de turismo alternativo puede resolver en un santiamén.

Después de ese episodio me quedó claro que los caminos de la India son misteriosos y por eso no me sorprendió que nos hicieran ridículas peticiones en el correo. Para no cargar tanto, decidimos mandar un paquete de libros y chucherías (una botella de tequila, un kilo de café...) a la escuela de Valeria. Metimos todo en una caja de cartón y fuimos al correo. Todo en orden a excepción de que la caja debía ir forrada por tela blanca para que el paquete saliera. ¿Tela blanca? ¿A quien se le ocurre pedir que se forren las cajas con tela blanca? ¿De donde íbamos a sacar tela blanca? Ah, en la madre India todo puede pasar, y el gobierno está lleno de personas creativas e ingeniosas que proponen medidas de la misma naturaleza para combatir el hambre y la miseria que azota a su pueblo: a la salida de todas las oficinas postales estaban situadas algunas familias, sentadas sobre metros y metros de tela blanca, dispuestas a hacer un lindo forro por la módica cantidad de 150 rupias.

Sobre la unidad y los trenes.

India es un país hecho de países. Están al norte los plantíos de té cerca de Darjiling, las grandes montañas que se extienden desde la frontera con Bhután hasta Himachal Pradesh, las bellas pero ensangrentadas tierras de

Jammu y Cachemira. Al oeste el Punjab, tierra de antiguos y nobles guerreros; Rajasthan y el desierto del Thor, con hombres y mujeres bellos y orgullosos; Gujarat, con sus gitanos y sus telas. Al sur, Kerala con su clima tropical; Karnataka y Goa; con playas de ensueño y por supuesto Tamil Nadu la selva con mangos y cocos. Al este West Bengal y la mítica Calcuta.

Nada, o casi nada, tienen que ver los unos con los otros: la comida, el idioma, la ropa, la gente, la música, son todos radicalmente distintos. La idea de nación en India poco tiene que ver con la unidad y la identidad y es más bien el producto de las imposiciones que han sufrido. Se puede pensar que hubo una primera unificación, muchos siglos atrás, cuando los guerreros arios bajaron procedentes de Mongolia y conquistaron gran parte del subcontinente. Pero más reciente y más clara aún fue la “unificación” debida a la invasión inglesa. Las pocas cosas que comparten en toda India son resultados de esa invasión, entre ellas, el inglés y los trenes.

Mi país hace mucho que no tiene trenes y quedé fascinado ante la visión de esa especie de dragón milenario y cansado, con sus rugidos y sus vapores. Y más que eso, por todo lo que sucede en las estaciones de tren: gritos, movimiento, gente. Un desfile de vestuarios exóticos, ropas finas y delicadas,

harapos que dejan el cuerpo semidesnudo, aromas nauseabundos o exquisitos, niños, ancianos y más gente.

Los vagones están todos clasificados según el precio del boleto y puede ser un gran problema encontrar el que le corresponde a uno, pero en esta ocasión dimos con nuestro *second class AC* sin complicación. Una vez en él, noté una curiosa cuestión de los indios: han reducido el espacio privado a su ínfima expresión.

El espacio privado.

Empezaré por decir que, aunque las muestras de cariño entre sexos opuestos está muy mal vista, las muestras de amistad entre miembros del mismo género es muy común. Los hombres suelen ir por la calle tomados de la mano o incluso abrazados. Por otra parte, en las estaciones de tren o en otros lugares públicos, se pueden ver familias, o los grupos de viajeros que se acomodan, en las bancas o en el piso, sumamente amontonados. Al principio pensé que esto era debido al hacinamiento y la sobrepoblación del país (que sin duda influye) pero más tarde descubrí que es una cultura que no tiene el concepto del espacio personal.

Estaba sentado en mi lugar del tren y saqué un libro. Valeria se fue al baño e inmediatamente un indio que tenía en frente se sentó a mi lado y

empezó a leer por encima de mi hombro. Yo me sentí incómodo e intenté alejarme un poco, a lo que mi compañero de viaje respondió sentándose a escasos milímetros de mi. Fingí interesarme por el paisaje que se veía por la ventana y él me quitó el libro de la mano y empezó a leerlo, después de comentar que le parecía un libro curioso. A mi me parecía una escandalosa intromisión y una enorme falta de respeto, pero no sabía qué hacer. Al poco tiempo, llegaron dos indios más, amigos del primero, y se sentaron a compartir la lectura de mi libro. Por fin volvió Valeria y sin una palabra les quitó el libro de las manos, se sentó y les pidió, seca, que se fueran. Ellos se despidieron y siguieron su paseo por el tren. Nadie se ofendió, nadie se sintió corrido y entendí que así funciona, que es una cuestión cultural.

Al principio me costó, pero después de un tiempo me habitué a esta cercanía que tienen los indios en su trato: caminando por la calle, los comerciantes se pegan a tu espalda y te susurran al oído las mercancías que venden, como si se tratara de un producto ilegal; en las filas que hay que hacer para comprar boletos de tren o para entrar a algún museo, no se deja ni un espacio sin ocupar; no hay ningún problema con estar todos cerca.

En ese tren probé mi primer *tali* y dormí como princesa.

Varanasi: mi verdadera llegada.

Buscábamos el *Shiva guest house* por recomendación de una amiga india de Valeria. Subimos a un "taxi" (¡ah, los taxis!) y le pedimos que nos llevara a ese famoso hostel. Por supuesto, no tenía ni idea de dónde era, o, si la tenía, hizo lo que le dio la gana y nos llevó a una pocilga a punto de caerse, que era de un primo suyo. No tenía sentido discutir así que le pagamos y bajamos a ver el lugar. No hizo falta más que una inspección de 30 segundos para acordar que ni aunque nos pagaran nos quedábamos a dormir ahí, así que salimos a paso veloz a buscar una mejor alternativa.. Fue así, paseando despistados que dimos con el Sonmony y pedimos una habitación con balcón (ese famoso balcón). Nos quedaríamos en ese cuarto menos de lo que planeábamos (ya se verá porqué) pero el tiempo que pase ahí fue maravilloso y uno de los mejores recuerdos que tengo. Nos bañábamos dos o tres veces al día para combatir el calor, despertábamos tarde, abrazados y sonrientes, y nos levantábamos más tarde aún, ocupados en contarnos cosas bellas y amarnos. Ya descansados y felices, salíamos a descubrir la ciudad y a encontrarnos con la magia de India.

Encuentro con la magia de India.

Varanasi es dos ciudades al mismo tiempo. Si el viajero llega por tierra se encuentra primero con "*New Varanasi*" , una ciudad que da la pinta de

haber sido un lugar industrializado venido a menos: grandes edificios en decadencia, las calles mal pavimentadas, letreros mal pintados, semáforos descompuestos e inútiles. Una desolada imagen de lo que pudo haber sido un próspero centro de negocios y que ahora está lleno de polvo y suciedad. A medida que se avanza, los edificios y el pavimento van desapareciendo, las calles se van enredando y llenando de gente. En el corazón de esa fachada de hormigón y como un viaje en el tiempo, vive la antigua Varanasi. Ni más limpia ni más ordenada, pero con mucho más vida, esta segunda ciudad (que mi ignorancia sitúa en la Edad Media) bien pudo haber servido de inspiración para “El Inmortal” de Borges. En cada rincón, en cada esquina, en cada nicho hay (o da la impresión de haber) una historia milenaria; de princesas enamoradas, de batallas memorables, de tesoros, de piratas, de magia, de vida. Millares de personas caminan por callejones indescifrables rodeados de moscas, vacas, comercios, humos de incienso, vapores de comida, changos, velos y *saris*⁵, polvo, basura, muertos, cantos fúnebres, *sadhus*⁶ semidesnudos... Todas las casas tienen las puertas abiertas y albergan pequeños negocios de telas, de especias, de artesanías o de artículos inimaginables. Para entrar a la primera tienda hay que subir tres escalones,

⁵ Una tela de varios metros que las mujeres se ponen como vestido tradicional.

⁶ Hombres que renuncian a la vida mundana y son considerados sagrados.

para la segunda hay que pasar agachado por una puerta minúscula, la tercera y la cuarta están al nivel del piso, no así la quinta que está en un sótano y la sexta cuya entrada es en realidad un ventana. No vayamos por aquel callejón que despidе un insoportable olor a excremento y putrefacción, ni por aquel otro que no tiene salida; sigamos hacia el mercado. Ahí, el movimiento es más intenso y el pregón de los comerciantes se confunde con el canto de las mujeres que se lavan en el Ganges. Los niños tiran caca de vaca a los zapatos del despistado para después ofrecer sus servicios de limpieza y ganarse la comida del día y ya se acerca otra procesión cantándole a un muerto. Shiva, tridente en mano, orchestra todo este caos: el flujo lento del río sagrado, los palacios majestuosos e impenetrables, la llegada de viajeros de toda la India, la partida de todos los muertos. Y yo en medio de todo esto, maravillado y sin poder hablar. Valeria sentía que yo estaba poco comunicativo, pero la verdad es que la impresión de encontrarme con una cultura tan distante (y que algunos teóricos consideran la cuna de nuestra civilización) me dejaba sin palabras.

Confusión Divina.

Fuimos a visitar el templo de Hanuman, el “dios mono”⁷. La cosa es así: un terreno muy amplio que en el centro tiene una construcción donde se encuentran esculturas enormes del dios y sus compañeros más cercanos. Antes de entrar, proceda a quitarse los zapatos (así, si el señor de los monos se molesta con su presencia le manda una infección en la planta del pie que para que te cuento). Camine por el sendero arbolado hasta llegar al edificio central, haga la cola, toque una campana situada justo frente a la figura divina de su preferencia y haga sus oraciones. O, segunda opción, quítese los zapatos y haga como Dios le dé a entender.

Yo, que había entrado en el más respetuoso de los silencios, como si en el fondo el coro interpretara el réquiem de Mozart, quede muy sorprendido por lo que sucede en el interior de los templos. La gente no solo va y practica sus oraciones (o pide sus milagritos, nunca supe) sino que organiza *picnics* y reuniones sociales. Juegan a las cartas, ríen, discuten los negocios, la política o el último juego de críquet⁸, comen, se divierten y ya hacia la tarde se van a sus casas, felices de haber cumplido con sus obligaciones religiosas.

India es un país que sobrevive a base de fe y que está influenciado por su religión en un sentido mucho más amplio y más profundo que México.

⁷ Esta figura aparece en el Ramayana, y es un chango que ayuda Rama a rescatar a su amada.

⁸ Deporte “nacional”

Carga sobre sus hombros una enorme miseria y lo hace con tranquila resignación. Este sentimiento reside probablemente en la idea de que nada es definitivo, ni siquiera la muerte. Para conocer India hay que entender (o por lo menos conocer) un poco de su religión. Es una historia tan antigua que me parece que los propios hindúes han olvidado la razón original de sus ritos y la lógica escondida de sus dioses. Los sacerdotes se dedican a cuidar el templo y no existe la idea de misa o catecismo, así que las historias divinas se transmiten por tradición oral generación tras generación. Lo único que tienen en común es lo que quedó escrito en los Vedas y algunos textos complementarios, pero esto no hace ninguna diferencia porque la gran mayoría de la población es analfabeta. Viven un politeísmo radical (cerca de 40 millones de dioses) y sus dioses son vulnerables y sufren pasiones humanas. Todos estos elementos, combinados con una pizca de sal, hacen de la ley divina una mucho más flexible y cambiante. No existen mandamientos ni deberes, aparte de algunos ritos que nadie entiende y se viven en confusión generalizada.

Un paréntesis televisivo

A finales de los años ochenta hubo una iniciativa para disminuir esta confusión: crear una serie de televisión que narra en cada capítulo una historia de los dioses. Esta serie suscitó el más peculiar de los resultados: la gente tomó a los actores como encarnaciones de las deidades y les construyeron templos y los llevaron a vivir en ellos como dioses.

La religión y la vida

Estábamos en la confusión. Lo interesante de todo esto es que la gente no deja la religión en los templos, por el contrario, sale con ella a las calles y a la vida. Se ve en todos lados: las calles no tienen carriles ni semáforos, los precios nunca son fijos y se acuerdan mediante el proceso mayéutico del regateo, si los Vedas dicen que las vacas son el transporte de Shiva, entonces nos aguantamos y vivimos entre caca, y las dejamos quedarse dormidas en medio de la calle principal y pasamos hambre antes que hacerles daño. Viendo el Ganges descubrí que para los hindúes, la idea del mundo es más fuerte que el mundo mismo (¿nos pasa a todos?). Una mujer se bañaba ceremonialmente en el río, el mismo río en el que , a escasos metros, arrojan cuerpos carbonizados y en descomposición, sin mencionar los productos de las cañerías de la ciudad. Un turista alemán le explicaba los riesgos de esta

práctica: cólera, tifoidea, gastroenteritis, por mencionar algunos. La respuesta de la mujer fue aplastante:

“Este es un río sagrado, controlado por el mismo Shiva, y si me manda una enfermedad mortal, es porque quiere que vaya a reunirme con Él, y no tendré que reencarnar más, así que está bien”.

De todos los sabores.

He hablado hasta ahora de lo referente al hinduismo, pero, por supuesto, no es la única religión. Hay cristianos, musulmanes, budistas, zoroastrianistas, taoístas... En un país con mil millones de habitantes, un grupo minoritario resulta ser muchísima gente. Los musulmanes, por ejemplo, que son alrededor del 3% de la población, en cantidad, resultan ser treinta millones, que es más que la población de muchos países. El gobierno Indio, que tiene una estructura organizativa muy complicada, debe hacer normas incluyentes para todo mundo y eso puede resultar en una tarea complicadísima.

Una de esas minorías que es más fácil distinguir es el de los Sikhs. Esta religión, que surge como una respuesta contra el dominio de los brahmanes hinduistas, pero que conserva gran parte de las creencias y dioses, tiene como icono central la figura del guerrero. Un buen sikh sigue un código de conducta férreo y se caracterizan por cinco símbolos entre los que están: no se cortan el

pelo en toda su vida (así que a menudo se lo amarran alrededor de la cabeza como turbante), usan un brazalete en el brazo derecho, una daga o espada en la cintura. Todos los días, a una hora precisa (que no recuerdo cual es) deben hacer un ritual portando todas estas protecciones contra el mal. El principal centro de culto de esta religión es el Palacio Dorado en Amristar.

Otro grupo interesante son los jainistas, una religión fundada por un contemporáneo de Sidhartha Gautama y en ciertos aspectos parecida al budismo. Tienen la creencia de que la liberación del sufrimiento sólo se puede dar a través de la purificación del espíritu y esta se obtiene llevando una vida austera y dedicada al “bien”. Como eje central de su doctrina, tienen la filosofía de la no violencia y sus practicantes son vegetarianos, para no tener que matar a ningún ser sensible. Los más ortodoxos llegan al extremo de llevar siempre una escobilla con la que limpian los lugares que van a pisar cuando caminan para no matar accidentalmente algún bicho e incluso usan tapabocas para evitar el improbable evento de comerse un mosquito por un descuido.

Así es India: un mundo con mitos y tradiciones de todos los tamaños, colores y sabores, que de algún modo misterioso (como todos los del país), conviven de manera relativamente estable.

El hinduismo y la muerte.

Unos días más tarde, salimos del hostel y decidimos ser bien valientes y acercarnos al *ghat* que veíamos desde el balcón. A medida que nos acercábamos descubríamos una vista más bien terrible. Sobre una estructura de troncos estaba un arreglo de telas finas, rojas y amarillas, que sugería un cuerpo robusto bajo ellas. Un joven semidesnudo estaba parado a unos metros, con una antorcha en la mano derecha. Un poco más lejos, cerca del río, dos hombres cargaban una especie de camilla improvisada con una mujer muerta, cubierta también de rojo y amarillo, pero con la cara descubierta. No se me olvida ese rostro: blanco y frío con manchas azules y la boca entreabierta. Uno de los hombres tropieza y el cuerpo se desliza fuera de la camilla, inerte, y la cabeza golpea el piso. Valeria me abraza para protegerse mientras veo como vuelven a subir el cuerpo a la camilla y se la llevan hacia una lancha.

- Señores, les pido amablemente que se alejen un poco. Esta zona es solo para los familiares.-

Volteamos y descubrimos un señor bajito, de grandes bigotes, de mirada pícaro y simpática.

- Si están interesados en ver las ceremonias, por favor, suban conmigo a aquel mirador.

Dio unos saltitos graciosos subiendo las escaleras y nosotros lo seguimos.

- Soy Avinav, el cremador.- nos dijo una vez en el lugar.- Yo, y todos mis hijos nos encargamos de que la última ceremonia se lleve a cabo como es debido.

El ritual de la muerte es, probablemente, uno de los más importantes y por lo tanto, de los más complicados. La familia viste al muerto con las telas más lujosas que pueda comprar (en este caso, no significaba mucho porque, como nos explico Avinav, ese era un *ghat* de "segunda categoría") y lo llevan cargando desde la entrada de la ciudad hasta el crematorio. Una vez ahí, se coloca el cuerpo sobre la estructura de troncos (previamente pagados) y el cremador en turno corre a encender la antorcha con una pequeña flama que no se apaga nunca. Con esa antorcha en la mano, el primogénito debe dar siete vueltas al cuerpo de su padre y después otras siete en sentido opuesto (empezando en el sentido de las manecillas del reloj). La ropa y el pelo también son importantes.

- El joven que vieron hace un rato - nos dijo- es sin duda un fiel seguidor de Krishna⁹, puesto que tenía la cabeza rapada y solo conserva un mechón. Además, vestía de blanco.

⁹ No un "Hare Krishna". Era un hinduista de una familia que tenía particular devoción por Krishna.

Detuvo la explicación un momento para sacar del *lungui*¹⁰ una ración de *pam*. Me notó sorprendido frente a su alimento habitual y decidió que, si yo iba a ser un viajero alternativo ejemplar, debía probar esa delicia lo antes posible, y mandó a su hija a buscar más *pam*. Y decidió mal, y lo odie por tanta amabilidad y estuve a punto de injuriar a sus cuarenta millones de dioses cuando tuve que meterme a la boca esa terrible combinación de texturas y sabores, esa especie de estropajo intragable, que él insistía en que yo escupiera y yo venga a masticarlo para acostumbrarme al sabor y la textura hasta que no puedo más y por fin lo escupo, con tan poco estilo que me lleno los zapatos y el pantalón de bolitas rojas y pegajosas y él se ríe y yo no puedo más. El *pam*, más que un alimento, es un sustituto del tabaco que se consume regularmente en India. Las calles de Varanasi, por ejemplo, están llenas de manchas rojas por todos lados y las zonas comerciales, cines, o lugares públicos, están llenas de leyendas que piden abstenerse de escupir. Avinav me ofrece más *pam* y yo le ruego que continúe con su relato.

- No a todos los cremamos. La mujer que se llevaban a la balsa por ejemplo, murió por una picadura de serpiente y a esos no se los puede cremar. Verán, la serpiente es un animal de Shiva y la picadura de una

¹⁰ Tela que los hombre se amarran a la cintura, a manera de falda.

es signo de que el Dios quiere que reencarnemos al menos una vez más. Eso pasa también cuando alguien muere de lepra, o de sarampión. Otro caso especial, son los niños. Cuando alguien muere siendo niño, no ha vivido suficiente para ir al nirvana, entonces, tampoco se los puede cremar.

- ¿Y qué hacen con ellos?

- Los tiramos así, completitos, al río.

Vimos entonces el final de la ceremonia. El joven de blanco, se colocaba de espaldas a la hoguera donde se consumía el cuerpo de su padre, deteniendo una jarra de barro llena de agua. Serio, la mirada al horizonte y de espaldas aun, tira la jarra sobre la pira ardiente y después, se va.

- Tenemos una diferencia con ustedes. Los occidentales lloran hacia afuera.

Nosotros en cambio dejamos caer las lágrimas adentro.-

Lo cuestione sobre esa diferencia, pues a poca distancia había dos mujeres llorando desconsoladas.

- Ellas, - me dijo- no lloran la muerte del hombre. Lloran porque el funeral las ha dejado en la ruina.

- ¿Porque esta profesión, Avinav? ¿Porque cremador?- preguntó Valeria.

- Soy un dom- respondió.- Alguien tiene que hacerlo. Mi abuelo lo hacía, mi

padre lo hacía y yo, desde niño, aprendí a hacerlo. Ahora mis hijos también aprenden.

Las castas.

Dentro de tanto despelote, algo de orden tenía que haber. Aunque, legalmente, las castas desaparecieron hace ya varios años, para todo fin práctico están vigentes y regulan la sociedad hindú. Si naciste de una familia de limpia botas, tu destino será el de limpia botas, o por ponerlo de otra manera, si naciste para martillo, del cielo te caen los clavos. Una vez más, la tranquila resignación y la idea de que todo es transitorio. No hay pecado original, ni maldad ni venganza, ni castigo; en todo caso, una prueba. Eso, los dioses te ponen a prueba en esta vida, y si haces lo que te toca lo mejor que puedes, la próxima vida será más placentera. "¡Vaya un consuelo!" escucho decir, " lo que me den en la próxima vida me da igual, si lo que quiero es ser feliz en esta." Y otra vez, la idea del mundo es más fuerte que el mundo. Para el hindú la reencarnación es un hecho más allá de cualquier prueba empírica o argumento lógico y por ser una de las pocas certezas, hay que construir el estilo de vida con base en ella. Incluso Gandhi, el gran "progresista", estaba en contra de que se eliminara el sistema de castas, quién sabe si porque creía plenamente en el mito de *Manú* o porque la existencia de dicho sistema

garantiza una distribución de las labores muy clara y da continuidad al país. El determinismo social en su más grande expresión.

En términos generales, hay tres castas: los brahmanes, que son la clase dirigente, los poderosos, los encargados de las actividades religiosas; los chatrias, que son comerciantes, guerreros, artesanos y campesinos; y por últimos los parias o intocables, los miserables. Según el mito de *Manú*, los primeros salen de la cabeza del Dios, los segundos provienen de las manos y los últimos salen de los pies (¿de donde más?). Cada una de estas castas se divide a su vez en muchísimas más que corresponden a las distintas actividades que hay en el país. En particular, la casta de los *dom* es una bastante complicada, porque el hecho de trabajar con los muertos, los pone en la categoría de intocables, pero por ser un oficio de importancia vital (valga la contradicción) en el ámbito religioso, son una casta muy respetada.

Una nota filológica curiosa: casta, en hindi se dice *varna*, vocablo que en sánscrito significa color. Este hecho curioso, parece apoyar la teoría (bastante cierta, por lo que yo pude ver) de que las castas son una forma de discriminación racial.

El nombre Varanasi (*Varnasi*) parece tener su raíz en ese mismo vocablo, por lo que algunos estudiosos lo traducen como “La ciudad de los

colores” o “La ciudad de las luces”.

Tour guiado.

Mientras escupía hábilmente su *pam*, Avinav avanzaba con paso ligero y alegre por las callejuelas de Varanasi. Nosotros lo seguíamos un poco más atrás deteniéndonos por momentos a ver alguna casa interesante, comentar algo sobre el lugar o darnos las manos un instante como muestra subrepticia de cariño. Tal vez por su mirada cálida, o por su cara de duende con turbante, habíamos decidido confiar en Avinav como guía turístico y lo dejábamos llevarnos por lugares donde, si hubiera querido, podría habernos dejado en calzones sin mayor problema. La primera parada, como es natural, la casa de su primo comerciante. Ya habrá tiempo de describir cómo se hacen negocios en India, por ahora solo les digo que el problema de los regalos para la familia estaba (casi en su totalidad) resuelto con quien sabe cuantas telas y *pashminas*¹¹ que nos vendieron a muy buen precio. De ahí pasamos a comprar más *pam*, que yo me negué elegantemente a consumir, y después a un diminuto y escondido templo de *Ganesh*¹². Ahí, cuatro *sadhus*, risueños, relajados, irreverentes, con sus largas cabelleras atadas a la cabeza en forma de turbante, habían tomado el templo como centro de reunión social y entretenimiento, y

¹¹ Rebozo de casimir, lana o seda.

¹² Deidad con cabeza de elefante.

jugaban a las cartas mientras fumaban *chilam*¹³ y bromeaban.

- ¿Porque tocan una campana antes de orar? - le pregunté a Avinav que volvía de hacer postraciones.
- Los dioses están en todas partes y todo lo ven. Pero si uno toca la campana antes de empezar a orar, llama la atención del dios y entonces nos escucha mejor.-
- ¿Y porque se ponen una mancha de color en la frente cuando salen del templo?
- Eso, es porque somos muy burros- dijo Avinav riendo- Verás, aquí cuando una mujer se casa empieza a usar *bindis*, como un recordatorio de sus compromisos maritales y para que la gente sepa que ya tiene dueño. Nosotros cuando venimos al templo, adquirimos compromisos con los dioses y usamos esa marca para acordarnos de ellos.

Después de visitar un par de templos más, como el de *Durga*, diosa relacionada con la muerte, Valeria y yo nos vimos con esa mirada que lo dos conocemos y supimos que era hora de despedirnos de Avinav y subir a la intimidad de nuestro cuarto con balcón para amarnos y seguir con nuestro canto.

¹³ Pipa donde fuman marihuana.

Para no hacer el cuento largo...

Eran principios de julio, y en India eso significa dos cosas: calor insoportable y monzón. Según algunas investigaciones relativamente nuevas, esos meses de lluvias torrenciales tienen un interesante efecto mariposa: grandes corrientes de aire frío suben por el océano Índico, impactan con las grandes montañas de la cordillera de los Himalayas y van hacia la costa africana. Ahí, pueden correr libremente por el desierto del Sahara (creando a su paso una que otra tormenta de arena) y desembocar en la costa atlántica del continente. En ese lugar crean centros de baja presión que, de vez en vez, terminan por generar un huracán que más tarde azota las playas del Caribe de mi país. Todo esto para decir que, en India, cuando llueve, llueve en serio.

En esos días había llovido tanto en el norte, que el Ganges, que de ancho debe tener unos 500 metros, empezó a crecer y a comerse lo que antes era el crematorio, dejando como única posibilidad para realizar la ceremonia un pequeño espacio justo debajo de nuestra habitación. Ardían los ojos y la garganta, y el hotel entero se llenó de un humo espeso como si algún ranchero texano estuviera cocinando *barbecue*. Nuestra solución al principio, fue estar en el cuarto lo menos posible y andar vagabundeando por la calle hasta altas horas, pero el calor era cada vez más insoportable y las moscas más

impertinentes así que decidimos que era momento de ir a refugiarnos a las montañas. Para no hacer el cuento largo, solo diré que hicimos las maletas a toda velocidad y partimos hacia Nepal antes de lo que esperábamos.

De camino a Katmandú

Sonauli es un lugar inolvidable, en un sentido perverso de la palabra. Situado unos 350 Km. al norte de Varanasi, este pueblucho fronterizo es como Tijuana solo que con 10 veces menos población, 100 veces más polvo y ningún signo de desarrollo. Cuando compramos el boleto de camión hacia Katmandú, nos pareció una buena idea que el paquete incluyera una noche de reposo en la frontera, para descansar y recuperar fuerzas, pero ahora, haciendo la cola infernal para sacar la visa entendimos que eso: que era el infierno y que habíamos vendido el alma al diablo por una noche. Cuando por fin acabo la condena y vimos los primeros rayos de la mañana, salimos a un restaurante en una terraza que nos pareció pintoresco. Error. Desayunamos un plato de cereal con leche y un jugo de lata, con una consistencia muy desagradable. Doble y triple error. Estoy convencido de que ese desayuno, que en el momento encontré reconfortante, contribuiría mucho a que Sonauli se convirtiera en un lugar inolvidable y a la fecha tenga memoria de un pueblucho miserable de la frontera entre India y Nepal.

El camino a Katmandú es precioso. La mayor parte del camino, uno va entre dos cordilleras de montañas, verdes por las lluvias recientes e imponentes por su tamaño y de pronto, aparece un río, cual dragón azul de cuento oriental, que sigue al camino casi hasta llegar a la ciudad. El río es bastante ancho y para cruzarlo e ir de una montaña a otra, la gente del lugar tendió grandes cuerdas sobre las que van montadas unas pequeñas cestas que se deslizan, a modo de precario teleférico. En las zonas pobladas, las montañas están todas escalonadas pues sirven de sustento para enormes plantíos de arroz. Al final, el viajero remonta por encima de las cordilleras para llegar a una hermosa meseta de altura: el valle de Katmandú. El primer escalón de una larga escalera que sube para culminar en los picos nevados de los Himalayas y del otro lado el Tibet y China.

Nosotros hicimos el viaje en un tiempo record, algo así como nueve, en vez de las seis habituales. Íbamos muy contentos (algo mareados, debo admitir) cuando de pronto, y sin previo aviso, el camión se detuvo. Frente a nosotros, sobre la carretera, vimos una fila de unos cuarenta camiones parados. Al final, una curva sobre la carretera nos impedía ver la razón del embotellamiento. Esperamos un rato, comimos un tentempié que llevábamos en las mochilas, platicamos con todos los tripulantes de nuestro camión (la

mayoría extranjeros que huían del calor de India), esperamos otro rato y todavía un poco más, y nuestro vehículo no se movió. Poco a poco, toda la comunidad se empezó a desesperar, y nos fuimos bajando a estirar las piernas, a buscar agua o comida, a buscar un baño... Al principio tímidos, sin alejarnos mucho del camión, no vaya a ser que nos olviden y nos dejen a la mitad de la nada, pero después de dos horas de espera, caminábamos libremente y recorríamos el lugar a nuestro antojo. El camión seguía sin moverse. A la tercer hora empezó a haber acción: la fila comenzó a avanzar a razón de un metro cada cinco minutos, lo cual era una velocidad vertiginosa, comparativamente. Nos subimos al camión y sucedió lo más extraño del mundo: de pronto desapareció el embotellamiento. Cruzamos un puente sobre un riachuelo y a partir de ahí pudimos avanzar sin mayor problema, como si nunca hubiéramos estado atorados. Mi primera hipótesis (después de desechar la idea de una vaca dormida sobre el asfalto) fue que el puente era demasiado angosto y no podían pasar dos camiones en sentidos opuestos al mismo tiempo, pero me pareció demasiado absurdo para ser real. En todo caso, la experiencia fue como aquél célebre cuento de “La autopista del sur”.

A pesar de todo, la belleza de la carretera me conmovió y disfruté mucho el viaje. Llegamos a Katmandú cansados, pero con buen ánimo.

Después de una pequeña disertación, decidimos ir a buscar hotel a *Freak Street* , un calle que fue tomada en los sesentas por un grupo de viajeros que en su tiempo fueron muy alternativos y que ahora llevan el nombre genérico de *hippies*. El lugar es una maravilla: bares y comercios occidentales, todos venidos a menos, tiendas de especias, telas y joyas, construcciones que podría describir como “asiáticas” (es decir, con esos techos convexos y en niveles y llenos de tejas), una enorme plaza pública al centro que comunica por una serie de callejones a una zona de templos y edificios antiguos y mucha vida en las calles e interesantes curiosidades. Por ejemplo, a media cuadra de donde nos hospedamos, está el templo de la diosa viviente, una niña que es escogida cuando tiene tres años de edad y que queda confinada en un palacio hasta cumplir los 18 y ser substituida por la siguiente niña. Por supuesto, fuimos a verla. Hay que esperar un montón de horas y de pronto, aparece en un balcón por unos segundos y se vuelve a ir como si nada. De todos modos, vale la pena la espera pues no todo mundo puede decir que vio una diosa en la vida real y es en este momento cuando Valeria y yo nos guiñamos cariñosamente un ojo y nos besamos.

El hotel era una joya de cuartos llenos de historias (el nuestro era el número 25), escaleras viejas y cansadas y un balcón que era un deleite.

Además, ahora no llovía y el clima era mucho más humano. La habitación amplia y luminosa, escuchó tranquilamente nuestros cantos y fue una acogedora guarida cuando la necesitamos. Todo estaba muy bien.

Todo estaba muy bien para nosotros, pero la comandancia general, tanto en mi caso como en el de Valeria, se había encargado de llenar los correos con notas urgentes e importantísimas. En resumen, se estaba por movilizar un comando especial, con psiquiatras incluidos, para ir enseguida a buscarnos y meternos a los dos en una institución especializada en problemas mentales. ¿Cómo era posible que se nos hubiera ocurrido ir a Nepal en esas condiciones? ¿De donde nos había nacido ese instinto suicida? Lo que sucedía es que un par de meses antes, en un presunto ataque pasional, el yerno del rey había masacrado a toda la familia real, situación que los grupos extremistas (desde guerrilleros maoístas apoyados por algún gobierno de un país desconocido hasta islámicos fundamentalistas) interpretaron como un vacío en el poder y se lanzaron con cuchillos de cocina a hacer la revolución. A estas alturas, la mayoría ya había entendido que llevaban las de perder y se habían vuelto a sus casas y solo quedaban unos cuantos ladronzuelos atracando en pueblos lejanos. Mi madre, sin embargo, imaginaba que estábamos entre granadas y morteros, con máscaras anti-gas, y cuidándonos de los francotiradores. Nada,

un par de mensajes y paramos al comando especializado. Más tranquilos ya, nos fuimos a las calles.

Algunas notas sobre Nepal

Podría hablar de la relación de India y Nepal como una de título “Tan lejos y tan cerca”. Aunque Nepal, sufrió la “primera unificación” (la de los arios) se independizó de India muchos siglos antes de que llegaran los ingleses. Así, comparten ciertos rasgos de cultura (como el *chai*), pero en otros difieren completamente. La población es principalmente budista, pero de un budismo muy particular, lleno de figuras teológicas, con poderes y todo, como si hubieran cambiado de cara a los viejos dioses del hinduismo. Por otra parte, existe una influencia mucho más visible de China y Tibet, desde los edificios, el arte popular y las actividades cotidianas. Incluso el fenotipo de la gente es distinto y se ven ojos más rasgados y más caras redondas.

Comparten, por otro lado, el hecho de que el pueblo está en la lona: la mayoría tiene apenas para comer, por todos lados se ve gente durmiendo en la calle, hay un alto índice de analfabetismo, y no se ve una solución cercana. Con todo y todo, las calles son más organizadas y la diferencia de precios entre una tienda y la siguiente es más razonable que en India.

Sobre niños y musulmanes.

Unos de los primeros lugares que visitamos fue Thamel. No entiendo muy bien qué función tiene en la ciudad; no se si es el centro de los comercios y los negocios, o la zona cultural de los cines y la música, o un gran teatro armado para los turistas que, como a nosotros, les encanta. Rápidamente, nos preparamos para el ritual de reconocimiento del lugar, es decir, encontrar un cafecito o restaurante simpático donde situarnos a ver pasar gente, platicar mucho y querernos más. Encontramos un sitio con buen café (para lo que habíamos estado bebiendo las últimas semanas), decorado con antigüedades orientales pero con un estilo jazz parisino. La combinación era bastante interesante y tomamos el lugar para hacerlo nuestra guarida.

Un niño llegó a pedirnos dinero y, cuando entendió que éramos mexicanos, se soltó a hablarnos en perfecto español (con un poco de acento, hay que decirlo). Lo que es el mundo, este niño había aprendido varios idiomas de pasar el tiempo rodeado de turistas. Le dimos un poco de dinero y prometimos comprarle leche después. Lo vimos varias veces por Katmandú y él nos platicó sus fantasías de salir a recorrer el mundo.

Con un buen café y mucha alegría seguimos nuestro recorrido cultural por la zona hasta llegar a una hermosa librería de dos pisos, llena de

ambientes, pasillos y rincones. Al rato de andar como gatos perdidos por las estanterías se suscitó un fenómeno que nunca había visto y que encontré francamente divertido: el tráfico de libros. Valeria, faltando a alguno de sus pactos secretos de viajera alternativa tuvo la idea de preguntar por “Los versos satánicos” de Salman Rushdie. Un silencio, los encargados del lugar que se voltean a ver sorprendidos y no saben que hacer, un silencio más largo aún y el vértigo en la cara de los empleados, hasta que uno dijo, casi susurrando

-Ese es un libro prohibido-

Serán el tres por ciento de la población, pero los musulmanes tienen injerencia en el lugar. Todo mundo se relajó al tiempo que asentían y explicaban que era imposible encontrar un libro así en ninguna librería, excepto uno, que se ofreció en secreto, por un precio relativamente razonable, a conseguir el libro con un primo suyo, que era traficante de esas cosas. Valeria decidió que era todo muy complicado, (al fin y al cabo, ya viajaría a un lugar donde se puede leer cualquier cosa) y nunca llegue a conocer al traficante de libros que tanta curiosidad me daba.

Algunos viejos rencores salen a flote.

Seguíamos paseando por Thamel, Valeria por ahí con la nariz metida entre joyas, antigüedades y artesanías, y yo que buscaba un lugar para cambiar

dinero. Entrando a la casa de cambio lo sentí por primera vez, un poco por debajo del ombligo, discretamente se asomaba el principio de un rencor. En ese momento no lo noté, pero saliendo del lugar me di cuenta que ese rencor tenía forma de dolor de panza, y unos pasos más allá, que venía acompañado de retortijones y movimiento de viseras y antes de llegar a la esquina ya tenía sudor frío y manos apretadas y en este punto era claro que tenía que encontrar un baño pronto. La situación no es fácil porque eso que te crece en la panza, al mismo tiempo se extiende como parálisis hacia las piernas y no te deja concentrarte. Pasaban lentamente los segundos, cada uno más lento y más dramático que el anterior, hasta que por fin encontré la salida a mis problemas detrás de una puerta roja del bar donde habíamos estado antes. Media hora más tarde, me reencontré con Valeria que estaba más bien pálida y sudorosa y un poco mareada. Descubrí entonces que mi mal estomacal no era solo mío y que probablemente era más serio de lo que había pensado.

Decidimos ir al hotel a tomar té de manzanilla y reposar un rato. Intentamos un par de veces salir a dar un pequeño paseo pero era inútil, apenas pisamos la calle, uno de los dos tenía que volver a la habitación para evitar un desastre. Cuando al día siguiente notamos que la situación no mejoraba, decidimos ir a un hospital (especializado en turistas) y descubrimos que

teníamos una gastroenteritis bacteriana de dimensiones alarmantes. Y ahí me quedó claro de dónde venía todo y le puse nombre a mi enfermedad y recordé un pueblo miserable en la frontera de India con Nepal y se convirtió en mi único rencor del viaje: Sonauli.

Lo que fue para mí.

Así que Katmandú no fue lo que esperaba y tuve un viaje poco turístico. De cualquier forma, disfruté muchísimo mi tiempo ahí, conviviendo con vecinos próximos, leyendo, tomando café en la azotea del hotel y *chai* en el parque de enfrente. Una tarde, por ejemplo, salí a caminar por *Freak Street* y encontré un pequeño negocio de artesanías de madera. Dentro había un muchacho joven, con cara de estarse aburriendo infinitamente. En cuanto puse un pie en la tienda me sirvió *chai* y me invitó a jugar *Baak-Chal*, un juego típico de Nepal. El juego es bastante peculiar en el sentido que no es simétrico para los jugadores. Uno juega con cuatro tigres y el otro con 20 ovejas (de madera, por supuesto). Los tigres intentan comerse a las ovejas, saltando sobre ellas y las ovejas intentan inmovilizar a los tigres. Ali (el muchacho encargado de la tienda) y yo nos hicimos buenos amigos aquella tarde jugando durante horas y contándonos historias sobre nuestros países.

Nuestra vida en Katmandú fue así casi una semana y cuando empezamos a notar signos de mejoría, decidimos que si habíamos llegado hasta ese lugar, el primer escalón de la gran escalera, debíamos ir como pudiéramos hacia los Himalayas, caminar con nuestros propios pies la cordillera más alta del mundo, tocar el cielo con nuestras manos, y esto fue lo que pasó.

Ancianos al ataque.

Empezamos sabiamente por reconocer que nuestra condición física no era apta para seguir la ruta del Everest, ni del K2 ni de ninguno de los picos de 8000 metros, así que optamos por algo igualmente impresionante, pero no tan demandante: la subcordillera de los Anapurnas. A unas cuantas horas de Katmandú, está Pokhara, un pequeño pueblo que se caracteriza por ser el punto de partida de muchas expediciones importantes y por tener una gran población de refugiados tibetanos. Tiene, además de las montañas que lo rodean un hermoso lago que hace del sitio un paisaje tolkieniano (lo cual encontramos muy adecuado pues habíamos adquirido el rito de leernos por las noches “El señor de los anillos”). Así que a Pokhara fuimos con toda la intención de convertirnos en alpinistas aficionados. Una amiga nepalí de Valeria nos recomendó no quedarnos hospedados en el pueblo y buscar en

cambio una posada del otro lado del lago, donde podríamos estar más tranquilos y en un ambiente más aventurero. Así que una vez llegados al pueblo, esperamos un par de horas a que una lancha a remos se dignara recogernos y llevarnos en medio de la lluvia hasta el otro lado. Mientras esperábamos descubrí otro juego de mesa que tenía gran éxito entre los locales: el billar de mesa. Es como un billar de tamaño reducido que usa en lugar de pelotas unas monedas de madera y en lugar de tacos se usan los dedos.

Nos instalamos en hotel grande y luminoso que atendía una mujer nepalesa muy amable (a veces, confieso, demasiado amable). Estaba ella, un par de jóvenes que se encargaban del mantenimiento del lugar y nadie más. Éramos los únicos huéspedes del lugar. El pueblo también estaba vacío (lo que en principio era una ventaja) y muy de vez en cuando nos topamos con un par de escandinavos, de mochilas gigantescas, que se iban de *trecking*. No había mucho que hacer en el pueblo así que nos pusimos manos a la obra para organizar nuestra propia excursión a los Himalayas y fue entonces cuando descubrimos porque la falta de gente. Estábamos en el peor momento para hacer alpinismo. En principio porque en esa época del año hay demasiada humedad, el camino es todo barro y resbalones y eso dificulta el ascenso.

Además, con la humedad viene uno de los bichos más asquerosos que conozco: las sanguijuelas. Este gusano parasitario y malparido es realmente un tema en Pokhara y los campesinos salen de sus casas con una bolsa llena de tabaco porque es la única forma de deshacerse de manera segura del bicho. Incluso nos hablaron de un tipo de sanguijuela que mata caballos. El siguiente problema eran los asaltantes, que en los últimos meses habían proliferado mucho y tenían particular afición por desfalcar turistas. Pero con todo y todo hacer una excursión era posible, a excepción de un detalle: nuestro exceso de condición física. Cuando habíamos decidido ir a Pokhara supusimos que habría alguna ruta por los Himalayas que uno pudiera hacer en silla de ruedas y que durara tres o cuatro días, pero las opciones que existían eran más del tipo dos semanas para llegar al primer puesto, tres para subir a las faldas del Anapurna y no sé cuánto más para volver. Al saber esto mis pulmones me pusieron a toser para que ni se me ocurriera pensar en subir algo así y quedé convencido de que regresando a México, lo primero sería pedir mi credencial del INSEN. Fue así que estuvimos a unos pasos de la cordillera más grande del mundo y no logramos llegar a ella.

Como se puede ver, Pokhara tampoco fue lo que esperaba (lo que me hace decir que Nepal en general es inesperado), pero nosotros que somos

buenos viajeros hicimos de esos días unos muy simpáticos y tengo memorias de reír durante horas. Por ejemplo, una tarde, después de haber vagado por el hotel durante horas, decidimos cruzar al pueblo a cenar y tomar vino (esto último es más fácil en Nepal que en India), para lo cual hay que esperar una lancha que puede tardar lo que se le dé la gana o, mucho mejor, tomar prestados los kayaks del hotel y remar uno mismo. La verdad es que la teoría del remo es bastante sencilla, uno empuja agua hacia atrás y se ve impulsado al frente. Ahora, de ahí a la práctica hay una gran diferencia y Valeria y yo logramos que un trayecto que debió durar diez minutos durara treinta. Y eso no es nada, el regreso fue mucho más dramático. Ya era de noche, empezaba a llover y nosotros no atinamos a hacer que el barquito fuera derecho. Dábamos vueltas de un lado al otro, piruetas muy artísticas y nos empapábamos. Sumado a esto, la comida, el vino y la situación nos habían puesto de un humor inmejorable y reíamos como locos ante nuestra enorme torpeza.

Hora y media después llegamos al fin al hotel y nos dimos un baño caliente.

Pequeña distancia, gran viaje.

Dejamos Pokhara poco después, una mañana en que, por primera vez, las nubes dieron tregua al cielo y a nuestra vista y logramos ver, enormes, imponentes, hermosos, los Himalayas. La imagen es impresionante y despierta

casi naturalmente visiones mitológicas y de grandeza. ¿Con una geografía como esa, cómo no iban a tener cuarenta millones de dioses? Así que dejamos Pokhara de la mejor manera posible y nos dirigimos a otro pueblo de montaña que queda unos 350 Km. al oeste: McLeod Ganj. El problema es qué, aunque la distancia es relativamente corta, tuvimos que dar un gran rodeo para llegar ahí. Primero regresamos a Katmandú, donde pasamos una noche y después volamos a Delhi, para tomar finalmente un autobús hacia el norte y llegar, hechos polvo.

Otro aviso para los viajeros en India: aléjense lo más posible de las grandes ciudades. Delhi es muy interesante y tiene edificios importantes e impactantes, pero es demasiado parecido al infierno. ¡Ojo!, se los dice alguien que vive en una de las ciudades más grandes del mundo y está acostumbrado al ruido, a la contaminación, a las multitudes, al caos vial, etc: Delhi es demasiado parecido al infierno. Las suelas de mis zapatos se derretían en las aceras mientras intentaba esquivar a millones de transeúntes y taxis asesinos (¡Ah, los taxis!) y mis fosas nasales dejaban de funcionar entre lo fétido de la ciudad y la cantidad de *smog*. Por otra parte, si uno no se cobija en algún hotel lindo, o detrás de las murallas de los edificios históricos (como el “*Red Fort*”) también el espíritu se ve mermado. Las calles están repletas de una miseria y

una desolación inconmensurable de niños, hombres, mujeres y viejos viviendo en condiciones francamente inhumanas. Enfermos, mutilados, desnutridos pueblan Delhi y duermen debajo de los aparadores de joyerías elegantísimas y Mc Donlad's de primer mundo. Una ciudad de robos, estafa y mentira. En fin, que objetivamente hablando, Delhi no me gusta.

La noche que dormimos ahí fuimos a un hotel cerca de la estación norte de ferrocarril y pedimos una habitación con aire acondicionado (admito que era un lujo, pero con los 45° que sentíamos, valía la pena). Por supuesto, nos dieron una especie de sarcófago con una cama terrible y un sistema eléctrico de refrigeración, y como durante toda la noche se fue la luz en el barrio, tuvimos que combatir el calor con paños de agua fría. No todo estuvo mal, el restaurante de la terraza tenía una vista bastante linda.

Así que entenderán que no me dio ninguna tristeza abandonar Delhi y volver a huir hacia el norte. El camión en el que nos fuimos tenía servicio de película y vi por primera vez un "*Hindi Movie*".

El mundo del cine indio.

Es bien sabido que India es el país que más películas produce en el mundo y sin embargo muy de vez en cuando nos llega al occidente una película suya; después de ver una, entendí porque. En principio, es un cine

bastante ingenuo. Las historias son en general una especie de telenovela cursi de los años sesenta (que dura en promedio unas tres horas y media), con los buenos buenos y los malos malísimos y una historia de amor en medio. Un poco de acción, un poco de violencia y muchísimos actos musicales. De hecho, la industria discográfica esta muy ligada a la producción de bandas sonoras y son bastante buenas si uno se acostumbra a la voces femeninas en frecuencias muy altas. Por otra parte, recordemos que la India es un país muy conservador, así que las historias de amor son como un cuento de novios de la infancia donde un beso roza de manera escandalosa la pornografía. A pesar de todo, para los indios es el principal entretenimiento y tiene un éxito sin precedentes. Los productores han entendido, con mucha sabiduría, que el cine indio debe ser para los indios y tienen un mercado tan grande que les importa un rábano la opinión de un jurado de eruditos en Cannes o en Sundance. Aplaudo esta actitud y se las pasaría al contado a unos que conozco por ahí.

En Mumbai hay toda una zona de la ciudad que se ha construido en torno a la producción filmica y que es popularmente conocida como Bollywood. La película que me tocó ver era de una de las principales productoras de ese lugar.

De luz y niebla.

McLeod Ganj es probablemente el único lugar de India al que yo llegue con expectativas. Este pequeño pueblo perdido en Himachal Pradesh es conocido porque reside en él un premio Nóbel de la paz bastante peculiar: S.S. XIV Dalai Lama. En los años cincuenta, cuando los chinos comunistas de Mao invaden la alta planicie de Tibet y comienzan un exterminio sistemático del milenarismo pueblo hay una gran migración hacia el sur: India, Bhután, Bangladesh... Entre los exiliados salen una gran cantidad de monjes budistas entre los que se encuentra el líder espiritual del pueblo tibetano, Tenzin Gyatso. Desde entonces, se instaló en McLeod Ganj el gobierno en el exilio que lucha pacíficamente por la liberación de Tibet: el maestro de la iluminación se fue a vivir en las tinieblas.

Debo confesar que tengo un particular interés por el budismo y que esto influye mucho en lo que yo vi de McLeod Ganj. Aunque no se mucho de la materia, estoy seguro de que lo poco que conozco viene de una fuente muy confiable (un alumno directo de un gran lama tibetano) y no de uno de esos innumerables libros de autoayuda que se venden ahora por todas partes. Así que, para contar mi vivencia entre los tibetanos, debo antes hablar un poco del budismo.

Un poco del budismo.

La cultura budista es un mundo en sí mismo: su filosofía y sus enseñanzas son ricas y profundas; el arte de la liturgia y los objetos rituales son incontables y están llenos de símbolos e historias; las prácticas contemplativas vienen en todas las formas, tamaños y colores que uno pueda imaginar; hay muchas escuelas y corrientes diferentes que, aunque coinciden en lo central, tienen distintas aproximaciones y técnicas; la historia del desarrollo del budismo, de su extensión por Asia y el linaje de maestros que lo han ido transmitiendo por el mundo es un cuento que tiene como 2500 años de antigüedad... Por todo esto, me es imposible resumir en un par de páginas todo lo que me gustaría decir del budismo, pero intentaré poner en claro algunas cosas que me parecen importantes.

El mito fundacional del budismo, narra cómo el príncipe Sidhartha Gautama, hijo de una importante familia brahmánica renuncia a la vida de lujos y riquezas después de haber tenido cuatro encuentros decisivos: un viejo, un enfermo, un muerto y un hombre sagrado. Huye a las montañas y se convierte en discípulo de los dos maestros de meditación más célebres de la época, logrando en un tiempo relativamente corto, grandes méritos espirituales. Sin embargo, las enseñanzas que escucha no le satisfacen y

abandona a sus maestros para convertirse en asceta. Hasta este punto, todos los elementos tienen su origen en la tradición hinduista, lo que explica que conceptos como *karma* o *nirvana* sean comunes a ambas religiones. El príncipe asceta castiga su cuerpo de modo ejemplar, en la hipótesis de que es su cuerpo el que tiene atrapado al espíritu en ciclo imparable de reencarnaciones compulsivas (que en sánscrito se describe como *samsara*): ayunos eternos, castigos físicos, dolores extremos... Sidhartha está al borde de la muerte cuando un campesino que lo encuentra lo toma bajo su cuidado y le ofrece comida y agua. El príncipe siente la vida regresar a su cuerpo y decide abandonar inmediatamente las prácticas ascéticas. Reconoce que estas prácticas están tan alejadas del camino a la felicidad como la vida de lujos que llevaba en el palacio y adopta la filosofía del camino intermedio (como también se le conoce al budismo). Es decir, ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre. Después de esto, se determina a sentarse bajo un árbol (el árbol del Bodhi) y no levantarse hasta conseguir la iluminación. Por supuesto, lo logra.

He narrado esta historia de manera muy escueta. No es mi intención hacer una detallada biografía del Buda (existen infinidad de textos excelentes sobre el tema) sino dar un poco de contexto.

Ahora, lo primero que me parece interesante es que el budismo, como religión, tiene un gran nivel de desarrollo. Es un sistema que procura una visión del mundo y una moral que permita la convivencia de los hombres con los hombres, y no una forma de establecer la relación que estos tienen con el mundo y con las fuerzas naturales. Es decir, que las figuras de culto no son ya los dioses del agua, el fuego, los truenos o demás, sino la compasión, la paciencia, la sabiduría, etc. Dependiendo de la escuela o corriente que se trate, hay más o menos de estas figuras teológicas, pero lo que es central en todas las corrientes es el hecho de que no es un sistema teísta. ¿Cómo es esto? El budismo niega en principio la existencia de una entidad suprema que regula el mundo (el Buda es un hombre común que se da cuenta de cosas importantes, no un Dios) y lo que es más, no tienen la concepción del origen del universo: para ellos, el mundo siempre ha existido. No tiene tampoco la idea de pecado original, ni culpa, ni cielo, ni infierno. El postulado central es que sufrimos porque tenemos una idea errónea de la “realidad” y que podemos alcanzar una felicidad plena acostumbrando a la mente a percibir las cosas como realmente son. El objetivo de todas las prácticas de meditación es desarrollar este entendimiento fundamental.

Por otra parte, la filosofía budista intenta generar una ética alejada del maniqueísmo y centrada en la responsabilidad personal sobre todos los actos de la vida. Para ello recurre a postulados metafísicos, cuestionables pero eficientes, como la idea de que todas nuestras pasiones, nuestras alegrías y sufrimientos son consecuencia directa y exclusiva de nuestras acciones del pasado.

Ahora, el budismo tibetano se caracteriza por hacer especial énfasis en la compasión y por ser una de las expresiones que más ritos y símbolos presenta. A primera vista, puede dar la impresión de ser una cultura ennegrecida por la religión, dogmática, poco crítica e incluso sumisa (algunas de las prácticas incluyen postraciones, por ejemplo). Sin embargo, en mi opinión, han generado un “método” de exploración de la naturaleza que, por muy lejos que se encuentre de lo que llamamos científico, tiene bases lógicas impecables y resultados de asombrosa precisión y profundidad.

Cuando llegué a McLeod Ganj, leía un excelente texto de epistemología budista que había comprado en Katmandú.

A calmar la mente.

En todo caso, cuando uno llega al pueblo tiene el sentimiento de haberse encontrado con una civilización oculta, para la que el tiempo no a

pasado. A esta impresión ayuda la niebla, que por momentos es tan densa que uno solo se percata de los demás caminantes cuando los tiene a dos metros. Tal vez acostumbrados a las grandes montañas de Tibet, los exiliados escogieron como refugio la punta de un cerro. Esto tiene, entre otras ventajas, que casi no hay coches, que la vida se hace a pie, entre árboles frondosos y todo tipo de animales, en un clima más amigable que en el resto de India: un contexto ideal para calmar la mente.

Nosotros tuvimos la suerte de encontrar un pequeño hostel, dirigido por unas hermanas tibetanas muy simpáticas y que tenía un gran balcón con vista al valle. Desde ahí vimos los mas hermosos atardeceres y en cierta ocasión, nos tocó ver una pareja de halcones cazando. El primero, después de dar unas cuantas vueltas en circulo, se lanzó en picada y volvió a subir con un conejo entre las garras. Su compañero, al verlo, intenta quitárselo pero solo consigue que el primero lo suelte y ahí va el conejo cayendo, y ya sale su predador detrás de él y por fin, antes de que llegue al suelo, consigue atraparlo en pleno vuelo. Ese es Mc Leod Ganj.

Desde el primer día, decidimos aprovechar todo lo que el lugar tenía para ofrecer, y nos inscribimos a un par de cursos con lamas tibetanos. Esperábamos poder hacer un retiro de seis días en un monasterio famoso del

lugar, pero desgraciadamente, acaba de terminar uno y para el próximo faltaban dos semanas. Así que fuimos más bien a escuchar charlas teóricas y por las noches aplicábamos las enseñanzas. De ahí hasta el fin del viaje logramos meditar un rato todas las noches, hábito que perdí en cuanto llegué a México. Una de las clases a las que asistimos era todos los días en un monasterio a las afueras del pueblo y tomamos como ritual salir con un poco antes de tiempo y sentarnos a tomar un café en una peculiar choza a la que llegaban los monos a robar comida: “*Last Chance Tea Shop*”. De ahí, seguíamos a nuestra clase con un monje simpatiquísimo. No hablaba más que tibetano, así que un alumno suyo hacía una traducción “simultánea”, situación que se prestaba para los más cómicos malentendidos. Por un lado estaba el lama, que por ahí hacía una broma y se destornillaba de risa, sólo por supuesto, porque los demás teníamos que esperar la traducción y entonces sí, empezar a reír cuando el maestro ya estaba muy serio. Por otro lado estaba nuestro traductor, que hablaba un inglés muy deficiente y que de vez en cuando, con las palabras más técnicas, no encontraba cómo decirlas y se ponía a hacer mímica con conceptos como “continuidad de la mente” o “la perfección de la sabiduría”. Lo hacía bastante bien, y al final, a pesar de todas

las complicaciones, lograba que quedara más o menos claro y que nosotros nos divirtiéramos como niños frente a una mimo.

Era curioso que, como la clase iba dirigida a personas que claramente no iban a tomar los hábitos de monje o en última instancia, a nosotros, extranjeros, el grupo estaba conformado por personajes muy dispares: gente muy seria y comprometida, curiosos, algunos que estaban por ahí porque no tenían nada mejor que hacer e incluso nos tocó uno al que le preocupaba si la iluminación se puede alcanzar comiendo enormes dosis de peyote o LSD.

A la salida de la clase, corríamos a nuestro hotel a comer uno de los deliciosos platillos que cocinaban las hermanas tibetanas. Tengo un grato recuerdo de esas comidas y en particular de un panqué de chocolate que me hizo subir varios kilos. Después, caminábamos las calles, nos leíamos cuentos, buscábamos lugares escondidos o platicábamos con algún monje de talante amigable. Un día descubrimos un cine club y desde entonces fuimos todas las noches a ver alguna película, occidental, por cierto. Al final, el dueño del local ya nos estaba esperando y prácticamente, nos reservaba nuestros lugares. Esa era más o menos nuestra rutina.

Fuera de la rutina.

Después había días especiales. Por ejemplo, un vez, decidimos ir a una clase de tanatología budista, quizás uno de los temas más espinosos y controvertidos para nosotros. Los budistas creen en el renacimiento y ese hecho es central para su teoría. El punto es que, de acuerdo con ellos, un ser iluminado (como el Dalai Lama) pasa por el proceso de la muerte completamente consciente y después, “decide” donde renacer, de forma que tiene memoria de lo sucedido durante el viaje de la muerte y puede transmitirlo. De hecho, al Dalai Lama y a todo un grupo de monjes, se los escoge desde muy pequeños pues “saben” que en su vida anterior fueron grandes maestros y traen consigo todo ese conocimiento. Yo no sé si uno renace o no, pero me parece muy interesante la postura budista frente a la muerte y valía la pena escucharla de alguien que en teoría pasó por ella con toda la conciencia. Así que fuimos a la biblioteca principal de McLeod Ganj, que queda a unos cuantos kilómetros y decidimos hacerlo caminando, para bajar el panque de la mañana. El paseo es muy bello y el día era espectacular. Era, insisto, porque de regreso nos tocó un aguacero en medio del monte. De todos modos, estuvimos de muy buen humor y escuchamos una visión de la muerte muy extraña, muy complicada, pero que tiene la cualidad de hacer de

ese, el último evento de la vida, un criterio central para adoptar una visión del mundo comprometida con la felicidad.

Otro día, fuimos a visitar el templo central, donde se encuentra la *stupa*¹⁴ más grande y la residencia del Dalai Lama. Por supuesto, intentamos conseguir una entrevista con él, pero se encontraba en el sur de la India en unas pláticas y volvía al día siguiente de que nosotros nos íbamos... al sur. En fin, ya será en otra vida.

El templo es interesante, más silencioso que los de Varanasi (a excepción de una práctica de meditación que vimos donde tocaban tambores y cornetas) y se puede ver en él la enorme importancia que los tibetanos dan a los símbolos. Por ejemplo, una *tanka*¹⁵ que representaba a *Avalokiteshvara* estaba llena de elementos: la figura central es un buda blanco, sentado en la posición de flor de loto¹⁶, con los ojos abiertos y cuatro manos. Dos de ellas están unidas en el centro del pecho, como si rezara. En la mano derecha libre sostiene un *mala*¹⁷ y en la izquierda tiene una flor de loto. Ojo, no es que crean que está por ahí un tipo con cuatro brazos, sino que así simbolizan el hecho de que tiene más medios que los seres ordinarios para hacer el bien. Está vestido

¹⁴ Monumento budista que representa los “pasos” para alcanzar la iluminación.

¹⁵ Pintura de carácter religioso.

¹⁶ La flor de loto crece inmaculada en los pantanos y representa la claridad de la mente.

¹⁷ Rosario budista, generalmente con 108 cuentas.

con telas ligeras y lleva en los hombros una piel de venado, símbolo de renuncia a la vida mundana. Encima de él se encuentra un pequeño buda rojo, Amitaba, el de la luz infinita, pues en realidad, el buda blanco es una emanación de este. Todo en conjunto, representa la compasión y es por ello una de las figuras centrales del budismo tibetano (en teoría, el Dalai Lama es una emanación de este buda.). Pues así todo, lleno de símbolos e inscripciones. La idea, según me la cuentan, es bastante similar a la de los *bindis*: dejarle notas a la mente para recordar las cosas importantes.

Una historia que habría que investigar.

En otro de nuestros días en que no teníamos clase, nos agarró la nostalgia y fuimos a comer a “las Lupitas”, un restaurante de comida mexicana que hay en McLeod Ganj. Ahí nos enteramos de dos cosas curiosas. La primera que tres amigas mexicanas muy queridas habían pasado por el lugar tres días antes de que llegáramos nosotros. Nos lo dijo una mujer que notó nuestro acento y comentó que se estaba llenando de mexicanos.

Lo segundo es una historia que habría que investigar a fondo: dos años antes, a un mexicano de nombre Carlos le habían diagnosticado SIDA. Más precisamente, le dijeron que era portador del VIH. Así que, asumiendo que le quedaba poco tiempo de vida, Carlos decidió irse a viajar por el mundo junto

con su mujer. De un modo u otro llegó a McLeod Ganj y puso ese restaurante. Un día, al poco tiempo, se encontró con un viejo monje y en medio de la conversación le contó al monje como es que la vida lo había llevado a ese lugar. Al escuchar que tenía SIDA el monje se presentó como el médico de cabecera del Dalai Lama y le pidió que lo dejara tratarlo con medicina tradicional tibetana, pues nunca había conocido un caso así. Carlos, que ya había perdido toda esperanza en la medicina occidental accedió y se puso bajo los cuidados de este monje. Un día, meses después, el monje le dijo que era momento de que se fuera a hacer otro análisis de VIH y, ¡oh, sorpresa!, ya no tenía el virus. Poco después, se fue de McLeod Ganj y le dejó “Las Lupitas” a una mujer tibetana, de nombre Lhamu, que actualmente lleva el lugar. Su mujer había muerto de SIDA unos meses antes.

Puede ser que Carlos no haya existido (aunque las fuentes que me lo dijeron son muy confiables), es posible que el primer diagnóstico estuviera equivocado, y también es posible que el médico tibetano lo hubiera curado. En cualquier caso, alguien debería investigar esto más a fondo. Esta bien que el *status quo* no acepte las disciplinas espirituales como una forma de conocimiento científico, pero si tiene ideas o intuiciones claras sobre como combatir enfermedades que en occidente son incurables, habría que prestarles

atención. A mí, me queda claro que una de esas enfermedades es la neurosis y por eso me interesé en el budismo.

Experimentos culinarios.

No todas nuestras actividades giraron en torno de las profundas reflexiones sobre la naturaleza de la mente, las prácticas espirituales y los monjes. Encontramos también espacios para el esparcimiento y el placer. Por ejemplo, entre las múltiples actividades que el pueblo de nuestra historia tiene para ofrecer al turista, escogimos un curso express de comida tibetana en la que, principalmente aprenderíamos a cocinar momos, unas empanadas al vapor. El chef que hacía de tutor, era un tipo joven de un gran sentido del humor y que se aguantaba nuestros desastres culinarios con una sonrisa de oreja a oreja. Después de un rato de cocinar, ya todos batidos y con harina hasta en el apellido, nos sentamos alrededor de una mesa a cerrar las empanadas. Teníamos cuatro diseños, o formas de cerrarlas, uno para cada tipo de empanada: las de verduras con un moño, las de pollo en forma de bolsita, las de queso con garigoles y las dulces como un triángulo. Valeria, que ya era una profesional de hacer moñitos, decidió que quería experimentar la técnica de cerrado como bolsita y como ya no había pollo, puso de relleno la

pasta dulce. Le hice notar que de esa forma no sabríamos cual era cual, pero me convenció de que no había problema porque, de todos modos, acabaríamos comiéndolas todas. Así que metimos las empanadas al vapor y mientras esperábamos, departimos con el grupo de turista cocineros: una pareja italiana, una mujer de Israel, un escandinavo y unos que no supe de dónde venían. A los treinta minutos, la mesa se llenó de salsas y condimentos y platos y cubiertos y nos dispusimos a comer. La mujer israelí, tomó una empanada de pollo y la condimentó con las especies más fuertes del lugar. Cuando dio el primer bocado, Valeria y yo entendimos por su cara de horror que se había topado con nuestra empanada dulce, solo que ahora recubierta de curry, pimienta y de más sabores exóticos. Lo gracioso fue, que no dijo ni una palabra y siguió comiendo esa abominación mientras Valeria y yo nos reíamos hasta que se nos salían las lágrimas y nadie entendía a nada y tuvimos que dejar el lugar antes de terminar la comida para parar nuestro ataque de risa. El recuerdo de la cara de esa pobre chica, aún me hace reír.

El fin de Mc Leod Ganj y el principio del rally.

No se si fue el clima, o la meditación, o la unión de muchas cosas, pero el tiempo que pase en el pueblito de los tibetanos mi relación con Valeria fue particularmente serena. Siempre hemos tenido una buena relación, pero algo

en su forma de verme, o en las pláticas que teníamos por las tardes frente a los espectaculares atardeceres, o caminando entre la neblina, no se, algo estaba permeado de una ternura especial. Por eso me costó mucho abandonar el lugar, y si no hubiera tenido una razón de peso para hacerlo, tal vez estaría hoy, paseando entre la gente y los monasterios de Mc Leod Ganj. La razón de peso era que, en poco tiempo Valeria cumpliría años. En general, lo práctico no es un criterio para ella, así que le pareció perfectamente razonable que siguiéramos sus enormes ganas de celebrar su llegada al mundo en un restaurante que se llama el “Mango Tree” en el remoto Hampi, provincia de Karnataka. Esto quedaba a muchos días de viaje y tendríamos que parar varias veces por el camino. Así que, para darle gusto, empezamos una carrera contra el tiempo para recorrer todo India (de norte a sur) y pasar su cumpleaños en el dichoso restaurante.

La carrera tuvo un arranque bastante accidentado. El día que decidimos irnos, se soltó un aguacero de los que solo el monzón puede traer con lo que las callejuelas de la ciudad se habían convertido en verdaderos ríos. Por esta razón, el autobús que debía recogernos no pudo entrar al pueblo y teníamos que caminar hasta las afueras para alcanzarlo. Además, un simpático perro que habíamos fotografiado días antes, le molestó que yo usara el porche de su casa

como refugio contra el agua y se lanzó a morderme una pierna cuando yo estaba desprevenido. Esto resultó en un gran susto (confieso que tengo nervios de damisela) que manifesté como un salto fuera del porche, cayendo directamente en el caudal de un río. Conservo la foto del perro por si algún día se me da por practicar el vudú.

Para colmo, teníamos como protección un ínfimo paraguas que a duras penas podía cubrir a una persona. Listo, me pudrí y largué el paraguas, una blasfemia y la cordura y me puse a caminar a merced del clima hasta el autobús. Por supuesto, llegué hecho una sopa y mis vecinos de viaje encontraron poco gracioso que yo usara los asientos de tendadero, pero que se le va a hacer.

Hacia el desierto.

Así que nos dirigimos a Pushkar. Este pueblo, como la mayoría de los que visité en India, no aparece en los mapas generales del país y sin embargo es relativamente importante. Situado al este del desierto del Thor, bastante cerca de la mítica ciudad de Agra, Pushkar es conocido en la región por dos cosas, principalmente. Primero, la feria de camellos que se realiza una vez al año. Por otro, ser una ciudad sagrada de *Brahma*¹⁸. La feria de camellos se

¹⁸ Uno de los principales dioses del hinduismo.

realiza a mediados de noviembre y gente de todas partes de India, e incluso de Pakistán, se trasladan al sitio para comerciar. De hecho, el tamaño del pueblo crece a más del doble con la llegada de los beduinos y sus dromedarios. Además, la feria comercial se convierte en un espacio de cultura, con carpas de circo, bailes exóticos, música y fiesta.

Cuando yo viajaba en el avión hacia India, intentaba deshacerme de los prejuicios que tenía. Prejuicios del tipo encantadores de serpientes por las calles, tiendas de antigüedades con lámparas maravillosas, elefantes y camellos paseando por las calles, gitanos exóticos y personajes de literatura al estilo Marco Polo. Todas esas cosas que uno ve en las películas y que no suelen coincidir con la realidad. Pues en Pushkar, coinciden.

Independientemente de la riqueza cultural y la gente, el lugar es fantástico. Está construido a las orillas de un lago cristalino y de mucha quietud; escondido a la entrada del desierto y resistiéndose a la llegada del progreso arrasador, sus calles de arena son tranquilas (aunque no silenciosas) y se anudan en laberintos espectaculares, rodeando palacios, casas, casuchas, mercados y tiendas y no están transitadas por vehículos sino peatones (lo cual es un descanso). Si se me permite la comparación, es como Varanasi pero en pequeño (y armonioso). Hacia ahí nos dirigimos.

Pero antes...

... tuvimos que hacer un largo viaje. De Mc Leod Ganj, hay dos opciones: o te tomas un autobús a Delhi, o tomas un camión a Chandigar y de ahí vas en tren. Chandigar debe ser un lugar interesante. Como Brasilia o La Plata, Chandigar fue diseñada antes que construida. La traza es perfectamente ortogonal y toda la ciudad está dividida en sectores, claramente numerados. El sector comercial debe estar al sur, el industrial en la periferia, el residencial al norte, etc... Hay un jardín (el "Rock Garden") al que yo tenía muchas ganas de ir: durante la construcción de Chandigar, un obrero se robaba por las noches los desechos y se iba en medio de la maleza a hacer esculturas con ellas. Durante meses trabajó en su proyecto a escondidas, hasta que un día lo descubrieron y encontraron un jardín lleno de bellas obras de arte. La historia del lugar me encanta y tenía mucha curiosidad de ver el lugar. Pero por muchas ganas que tuviera teníamos poco tiempo, hay que recordar que estábamos en un rally, así que decidimos la primera opción: directo a Delhi. Ahí pasamos unas 12 horas, en lo que salía nuestro tren hacia Pushkar. Decidimos ir a la zona más moderna de la ciudad, y para ello, tomamos un taxi...

¡Ah, los taxis!

Se habrá notado (y si no, lo informo) que el tema de los taxis es uno que me resultó especialmente impactante. Así que en lugar de narrar cosas sobre una ciudad que me gusta tan poco como Delhi, he decidido hablar de la vialidad.

Técnicamente, los taxis no son taxis sino *rickshaws*. Para empezar, la estructura de estos bichos es bastante simpática. Son unas especies de motocicletas de tres ruedas, viejas como las tortugas, a las que se les ha montado encima, efectivamente, un caparazón. A primera vista, este medio de transporte debe servir para unos tres pasajeros, incluyendo al chofer, pero vimos escenas donde diez o doce personas se subían en uno de esos artefactos y andaban; piernas y brazos salían por las ventanillas, uno que iba prácticamente afuera y que solo estaba sostenido de un pie y una mano, en fin, una barbaridad. Por su estructura, Valeria y yo decidimos bautizarlas *vochocicletas*¹⁹.

Ahora, hacer un viaje en un *rickshaw* es bastante dramático. Primero hay que ponerse de acuerdo en el precio. Desde hace unos años todas las unidades están equipadas con un taxímetro (por disposición oficial), pero la

¹⁹ Combinación de “vocho” (nombre común en México para el modelo Sedan de la Volkswagen) y motocicleta.

mayoría de los conductores se niega a usarlos. Así que hay que convenir el precio dependiendo de la distancia, la ruta, y el tipo de zona a la que uno va. Según el sapo, la pedrada. Los choferes suelen proponer precios absurdos como mil rupias por dos kilómetros. Nosotros que ya habíamos entendido la dinámica, hacíamos la contrapropuesta de veinte rupias. El chofer ponía cara de estar muy ofendido, se alteraba y simulaba que se iba. Después volvía con una propuesta un poco más sensata como cien rupias y pasados cinco minutos de negociación conveníamos en cincuenta rupias. Más de una vez nos tocó alguno que se negaba a hacernos un precio razonable y, si la negociación estaba muy estancada, Valeria salía con un argumento contundente:

“Mal karma para ti, *baba*²⁰”.

El chofer inmediatamente corregía su actitud y nos hacía un descuento sustancial.

Terminada esta compleja negociación, subíamos por fin al vehículo y nos encomendábamos al Señor. Conducir en India es casi suicida. Hay una cantidad innumerable de autos, todos a grandes velocidades, sobre calles mal asfaltadas, con hoyos por todas partes, estrechas... Los semáforos no funcionan nunca, no hay reglamento de tránsito, o si lo hay, nadie lo respeta.

²⁰ Es una forma general de llamar a los hombres. Si se usa con más respeto se añade el vocablo “ji” al final.

En ocasiones pienso que la vialidad es una forma de control de natalidad. Otro ejemplo de esto, son los camiones de redilas, q no tienen espejos retrovisores (de hecho es raro encontrar un auto en India que los tenga) y en su lugar tienen escrito en la parte de atrás la leyenda “*Horn Please*” . Esta curiosa sustitución funciona así: cuando uno de estos camiones quiere cambiar de carril, simplemente dobla el volante. Si hay un auto atrás, toca el claxon para avisar que no puede hacerlo, el camión regresa a su carril, deja pasar al auto y lo vuelve a intentar, hasta que escucha que le tocan. Cuando ya no puede esperar más, simplemente toca la bocina y se cambia de carril a la mala. Por supuesto el que viene atrás tiene que hacer una maniobra urgente para evitar un choque catastrófico y también cambia de carril, con lo que el tercero de la fila se encuentra en problemas. Así sigue esta reacción en cadena hasta que alguno tiene que frenar en seco, quedando a un par de milímetros del de enfrente. Y nadie comenta lo mal que maneja el camionero, o se enoja con el que se cerró en frente: se limitan a tocar el claxon.

Sumado a esto, los conductores de *rickshaw* son unos cafres, convencidos de que su vehículo es lo suficientemente chico como para pasar por cualquier parte se lanzan a los embotellamientos rozando autos y peatones por igual. Son francamente licuadoras asesinas en movimiento.

Viajar en carretera por la India es incluso más arriesgado. En principio porque las carreteras tienen en total un carril y medio de ancho (los indios aseguran que son dos carriles) así que cuando pasan dos autos en direcciones contrarias siempre están a unos pocos milímetros de chocar. Además, todo mundo rebasa en curva sin el menor problema y en más de una ocasión pensé que nos matábamos cuando el conductor estoico esquivaba el camión que venía de frente en el último segundo. La vida no vale nada en India, pero ¡Viva la India, carajo!

Otro tema.

Me parece buen momento para hablar sobre otro tema que me resultó maravilloso: los sadhus. En el sentido más general, los sadhus son hombres que han renunciado a la vida mundana y han decidido dedicarse a las prácticas espirituales. Todo India está lleno de estos personajes. Se los ve peregrinando por la carreteras, en los templos y plazas públicas, en trenes y restaurantes: hombres semidesnudos, con los cabellos y las barbas desarreglados y larguísimos, pintada la cara y el cuerpo con ceniza o colores sagrados, cargando tridentes, collares religiosos, utensilios rituales, o sin ellos. Encajan

a la perfección la definición de Marx de los lumpen proletarios, con la diferencia de que tienen (o se les asigna) una función social. De hecho, la figura de los sadhus es muy reconocida en India y en los comedores se los alimenta gratuitamente, en los trenes se les permite viajar gratis y se les da todo tipo de concesiones. La idea es que si alguno de ellos alcanza el nirvana (o algo parecido), terminarán ayudando a todos aquellos que les brindaron ayuda en su camino. Por ejemplo, una vez, en una estación de tren (no recuerdo cual) se nos acercó un sadhu a pedirnos un cigarro. Se sentó a nuestro lado a fumarlo y poco tiempo después llegó un indio profundamente religioso a hacer postraciones frente a él. Nos dijo algo sobre lo afortunados que éramos de haber entablado amistad con el sadhu, que a su vez, mostraba cierto desprecio hacia el indio, como una especie de profundo aburrimiento. Otra concesión que se les da a los sadhus es que son los únicos que tienen permitido fumar marihuana, que en cualquier otro caso es severamente castigada.

Por estos “privilegios”, se ha llenado de limosneros que se disfrazan de sadhus, para obtener un poco de comida o dinero. La diferencia entre un verdadero hombre sagrado y un impostor no es fácil de notar y para los sectores más miserables es un buen recurso. Sin embargo existen renunciantes

genuinos e incluso afamados por sus prácticas de meditación. Recuerdo dos casos. El primero es un hombre ya viejo, un errante que va por toda la India desnudo, con un séquito de aprendices. Lleva siempre consigo un tridente y su práctica consiste en “amarrar” su pene al tridente (no se como) de forma que queda horizontal. Después dos estudiantes se sientan en el tridente, uno a cada lado, y el se va caminando por ahí, cargando dos personas de una forma un tanto excéntrica.

El segundo es un sadhu que lleva muchos años recorriendo India rodando. Es decir, se acuesta en el piso de las carreteras y va girando de una ciudad a otra, como un sacrificio antes de llegar a los templos.

Pushkar

Después de un buen viaje en tren llegamos a Pushkar. Nos instalamos en un pequeño hotel pegado al lago pero a las afueras del pueblo. No era época de feria de camellos así que el pueblo estaba particularmente tranquilo. Lo primero que note fue que la gente era muy distinta. Los hombres, altos, fuertes , orgullosos, de piel oscura y ojos verdes. Las mujeres exóticas, cubiertas por velos, misteriosas. Hombres y mujeres del desierto. Pushkar esta en la provincia de Rajastan, una de las que tiene más influencia musulmana. Eso contribuía a las diferencias culturales y de fenotipo. Sus habitantes son

famosos por su orgullo y su vanidad: los hombres trenzan sus enormes barbas en un complejo tejido, las mujeres se decoran las manos con hena y usan joyas enormes. Una mañana vi a un hombre poniéndose el turbante. Yo tenía la idea de que el turbante ya venía hecho, como una especie de sombrero que uno solo se pone sobre la cabeza, pero en realidad es una tela de seis metros que hay que ir enrollando apropiadamente para obtener el efecto deseado. El hombre estuvo media hora poniéndose el dichoso atuendo.

Como buen pueblo del desierto, en Pushkar hacía un calor endemoniado. Una de las primeras cosas que hicimos, crease o no, fue buscar una piscina donde refrescarnos. Encontramos un hotel que cobraba el uso de su alberca y decidimos ir. Nos pasó otra de esas cosas que solo en India suceden. Llegamos alrededor del mediodía y pedimos entrar.

- Claro que sí – nos contestó el que atendía- paguen y vuelvan en una hora.
- ¿Cómo que en una hora?
- Sí, lo que sucede es que hasta la una de la tarde es el horario para los indios, después empieza el horario para extranjeros.-

Los indios, ya lo he dicho, son muy conservadores, y la visión de una mujer en bikini puede causar estragos. Para evitar problemas, el hotel había dividido el

uso de la piscina en dos horarios distintos. Era una buena medida, porque Valeria por ejemplo, se sentía protegida de las miradas extrañas y de los indios indiscretos y con falta de conciencia sobre el espacio privado. Porque, por muy conservadores que sean, también pueden ser bastante agresivos. En una ocasión Valeria, que estaba viajando sola (yo estaba en México), literalmente tuvo que dejar fuera de combate con un gancho a la mandíbula a un indio que la intentaba tocar. Otra vez, viajando en tren un indio le dio un papelito donde le preguntaba si quería ser su amiga. Valeria, divertida le respondió que sí, y en el siguiente papelito, el indio le preguntaba si quería ser su amiga *amorosa*. Valeria con mucho ingenio le respondió que lo sentía, pero que ya estaba casada. En fin, estábamos más tranquilos así.

Las calles, la gente, los prejuicios.

Como he dicho, India se parece mucho a las películas sobre India (¿o al revez?). En la esquina de la calle de nuestro hotel se ponía en las mañanas un hombre de turbante y barba que encantaba una hermosa cobra negra. Tocaba su flauta y salía la serpiente de una cesta y quedaba como hipnotizada por la música. Alrededor suyo un grupo de gitanas bailaba y batía las palmas. Un poco más lejos estaba el *chaivala* gritón. Ponía unos ojos desquiciados y anunciaba en gritos extraños su pequeño establecimiento de *chai*. Cruzando la

calle iba un viejo sin piernas, subido en una tabla con rueditas, con un paraguas de colores ingeniosamente atado a la cabeza y cantando feliz. Más adelante pasaba una familia subida en camellos (que bichos más simpáticos) y por ahí, a la derecha empieza el mercado. Me encantaría contarles todo lo que había, pero la verdad es que no tengo ni idea de que era: tenían torres enormes de un polvo de colores (en algunos puestos, hacían esculturas con ellas), especies que nunca había oído nombrar, telas de Gujarat, y una cantidad de objetos cuyo uso desconozco. Al final estaba la zona vieja del pueblo, con paredes pintadas de colores y construcciones que dejaban ver el paso del tiempo. Si seguimos de frente, saldremos rápidamente del pueblo; si vamos a la derecha entraremos a un laberinto de callejones y pequeños negocios; vayamos por la izquierda, para llegar al fin al lago sagrado. Ahí fuimos inmediatamente abordados por una multitud que nos invitaban a hacer una *puya*. Además, teníamos la suerte de que ese día en particular era algo así como día de las madres y las hermanas, o no se que. El caso es que hacer una *puya* ese día nos traería un excelente karma, así que accedimos y cada uno se fue por su lado (el lago está dividido en sección de hombres y de mujeres). El ritual consiste básicamente en ofrendar a Brahma un coco con especies humeantes en él. Uno paga por las especies, se concentra en los buenos deseos

que tiene hacia otras personas, canta algunos *mantras* y enciende el coco. Después lo pone sobre el río y lo ve flotar hasta que desaparezca. Por supuesto, la eficiencia de la *puya* depende de la calidad de las especies que uno compra y la propina que se le da al que dirige la ceremonia. Me temo que mi *puya* fue más eficiente de lo que esperaba: como no tenía ni idea de cuanto era un precio normal por un coco y unas especies, me dejé convencer por mi guía espiritual de pagar una cantidad, que resultó ser diez veces más de lo que había pagado Valeria. Al terminar, le dan a uno un lazo de colores que debe atarse a la muñeca derecha y que sirve como pasaporte para la próxima vez que uno pasa cerca del lago: si alguien insiste en que debes hacer una *puya* le muestras la pulsera y entiende que ya lo hiciste.

Ir de tiendas.

Yo detesto ir de compras (nunca sé qué comprar, me angustio, me pongo de malas, siento que me están timando...) pero en India es una experiencia que vale la pena. Lo primero que hicimos fue meternos al laberinto que habíamos visto antes e ir a la zona de las antigüedades. Encontramos una tienda que atendía un viejito simpatiquísimo y entramos. Dentro de ese lugar se pudieron

haber escrito mil novelas. Lámparas viejas, libros, postales, monedas, una enorme sección de objetos “rescatados de naufragios”, baúles, cajas de música, un sin número de artículos que habían sido abandonados por los ingleses...

Nosotros queríamos un genio, de esos que salen de la lámpara maravillosa y te permiten pedirles deseos y todo eso. Le preguntamos al viejo por algún objeto de esa naturaleza y nos llevó a un rincón escondido donde nos ofreció varias cajas de madera que tenían mecanismos de cerrado secretos. Nos entretuvimos un rato intentando abrir algunas (las había realmente ingeniosas), pero volvimos a insistir en el tema de la magia. El viejo nos miró de punta a punta y después sonrió misteriosamente. No nos enseñó nada, no se movió de su lugar y yo sentí que nos estábamos comportando como unos niños (cosa que hago a menudo) así que no insistí en el tema. Pero ahora que, en la serenidad del hogar, lo pienso, se me antoja que de haber presionado un poco más, el viejo nos hubiera mostrado algo, sino mágico, al menos fascinante. Que se yo: un diamante pulido, una joya exótica, algo. Al final yo salí con una medalla que en 1945 dio el gobierno inglés a los indios que habían combatido durante la segunda guerra mundial.

La siguiente tienda que visitamos fue de ropa, y ya es hora de que cuente un poco como se hacen negocios en India. Lo importante es que, los negocios, no son solo negocios. Cuando uno entra a una tienda es de pésima educación preguntar inmediatamente los precios. Primero uno se sienta, y le ofrecen un *chai* o un *maza*²¹. Después, hay que platicar, conocerse un poco: se habla de la familia, de la salud, de lo que uno ha hecho en India y lo que falta por hacer, del país del que uno viene, etcétera. Hay como una dilatación del tiempo: a diferencia del occidente donde se ha popularizado el fast-food y la eficiencia, en India hay un toque de tranquilidad, incluso de humanidad. Uno no es un cliente más, un número de tarjeta, un modelo, sino alguien con historias, con vida. No hay prisa, “no hay problema” es el lema que mejor le queda a la India. La conversación puede durar horas. Después de tan agradable protocolo uno empieza a ver productos y precios, mientras bebe más *chai*. Y en esta etapa tampoco rige el criterio de la eficiencia. Sacan y sacan telas y ropas que tiran al piso, doblan, suben, bajan. Después habrán de pasar horas acomodando todo de nuevo, pero no importa con tal de que veas todo lo que tienen para ofrecer.

²¹ Famoso jugo de mango, embotellado.

Nosotros habíamos decidido que, en vista de la diferencia de precios entre la India y México, compraríamos bastante ropa para vender después. Estuvimos al menos dos horas viendo ropa y el *vaisa*²² que nos atendió no perdió la paciencia en ningún momento. Nos hizo muy buenos precios y al final salimos con una enorme maleta llena de ropa, a muy buen precio y quedamos muy contentos. De hecho, intercambiamos direcciones con el vendedor que para entonces ya era nuestro amigo.

El show debe seguir

Estuvimos poco tiempo en Pushkar (otra vez el rally) pero aprovechamos para hacer una larga excursión en bicicleta por los alrededores (no había demasiado, desierto y más desierto) y darnos algunos lujos. Una mañana, por ejemplo, fuimos a desayunar a un hotel en la orilla del lago que es una delicia y, creo tiene cinco estrellas. Pasamos todo el día sentados en la terraza, dibujando el paisaje y platicando. Ahí empezó la polémica. Había varias opciones: podíamos regresar un poco sobre nuestros pasos y viajar hacia el norte para ver Agra; podíamos alejarnos hacia el oeste, cerca de la frontera con Pakistán para hacer un viaje en camello saliendo desde Jaiselmer, podíamos también ir un poco al este a visitar Kayurajo, donde hay esculturas y

²² Comerciante.

bajorrelieves eróticos muy interesantes. Al final, no hicimos nada de esto. Agra tiene el Taj Mahal, que sin duda debe ser impactante, pero es una gran ciudad, con todo lo que eso implica. Jaisalmer estaba demasiado lejos y después tendríamos que correr mucho para llegar a Hampi a tiempo. Kayurajo era... pues un templo más. Así que decidimos ir al sur, a Udaipur, otra ciudad con lago.

La Venecia del Este.

Udaipur es una ciudad espléndida. Durante mucho tiempo fue la capital de la provincia y está llena de historias de batallas, reyes y héroes. Construida un poco más alejada del desierto, esta ciudad tiene los más espectaculares palacios que yo haya visto jamás. A diferencia de los castillos de la Europa Medieval, diseñados para proteger a la población en una época de oscuridad y constante amenaza, con murallas impenetrables y torres de vigilancia, los castillos de Udaipur fueron construidos en una época de esplendor y riqueza. Su arquitectura no responde a la necesidad de protección sino al deseo de lujo, sus torres están pensadas para embellecer y no para vigilar, los adornos están dispuestos en complejas formas y no en estructuras simétricas. Por supuesto, el más asombroso de los palacios es el “Lake Palace”, construido en el centro del enorme lago (y que ahora es un hotel de lujo). Si alguien tiene ganas de

conocer Udaipur sin moverse de su casa, solo hace falta ver “Octopussy”, el clásico de James Bond, que fue rodada en esta ciudad. De hecho, es un poco un icono del lugar: todos los hoteles ofrecen a diario una función de esta película, los establecimientos más antiguos te muestran orgullosos fotos donde el dueño se retrata con los actores de la película.

Y ya que estábamos en una ciudad dedicada al lujo, decidimos hacer lo propio. Nos instalamos en un hotel que acababan de construir (un gran edificio de 4 pisos) y pedimos una habitación lujosa. Lo curioso es que, como el hotel era nuevo, y todavía no aparecía en el Lonely Planet, los precios eran ridículamente bajos. Es claramente una ciudad bastante turística, porque todos los comercios usan como publicidad haber salido en esa guía de viaje. Nosotros pagamos por un hermoso cuarto algo así como cuatro dólares. Además, el lugar tenía algunas ventajas: el restaurante estaba ubicado en la azotea, lo que suponía una vista espectacular de la ciudad y el lago; al lado del hotel había una cafetería donde servían café de verdad, de grano, y no esas porquerías solubles que habíamos estado bebiendo todo el viaje. Así empezó el lujo.

Valeria, que ya había estado en el lugar antes, me contó una historia divertida. Había conocido a un viejo que vendía plátanos. El señor se sentaba a las

afueras de un templo y pregonaba repetitivamente el dicho “Alo, banana”. Ella recordaba haber estado dos horas sentada en un restaurante frente al templo, y en todo ese tiempo el viejo no vendió un solo plátano y siguió pregonando inmutable su “Alo, banana”. Fue muy simpático que durante nuestro primer paseo nos volvimos a encontrar al viejo, pero ya no a la entrada del templo, sino sentado al lado de un elefante que alquilaban para pasear. La gente (me incluyo), fascinada por el elefante buscaba comida para alimentarlo, y ahí estaba el viejo “Alo, banana” que vendía plátanos como pan caliente. Nos alegramos por él.

La tabla.

La India tiene una tradición musical milenaria. Independientemente del gusto es muy interesante escuchar música india, fundamentalmente porque es muy distinta a la occidental. Debo confesar que a mi la música tradicional me horroriza. En una ocasión, Valeria y yo, que quisimos pasar por viajeros cultos decidimos meternos a un concierto. Los conciertos en general no son en grandes teatros o en salas especialmente diseñadas para orquestas, sino en el cuarto trasero de alguna tienda. El ambiente, aunque ceremonioso, es bastante informal: todos sentados en el piso, sin zapatos (nunca supe si tenía que ver con la acústica), no se permiten alimentos o bebidas en la sala. Los músicos

entran y empiezan a afinar sus instrumentos. Para que ilustrar como funciona esto, recuerdo un famoso concierto de un importante músico indio, que se dio en Londres en los años setenta. El músico entró a la sala, se sentó y se puso a tocar la cítara durante veinte minutos. Cuando acabó, la gente aplaudía conmovida por la ejecución de la pieza. El músico, sorprendido por tan cálida bienvenida, tomó el micrófono y dijo “Si les gustó tanto la afinación, esperen a que toque la primer pieza y verán”. En nuestro concierto fue igual: para el momento en que terminaron de afinar y se dispusieron por fin a empezar, yo ya tenía la sensación de haber tomado una caja entera de somníferos y antes de que terminara la primera pieza, decidí retirarme del lugar, pues no quería incomodar a nadie con mis ronquidos.

Sin embargo, debo insistir en que es una expresión musical muy interesante: la estructura melódica es bastante más complicada, puesto que en lugar de tonos y semitonos hay escalas microtonales, lo que la llena de texturas y colores. Además, como la mayoría de las cosas en India, la música es particular a una casta y por lo tanto, las canciones tradicionales y las técnicas se conocen por tradición oral y no tienen un sistema de escritura, lo que a la larga deriva en bellas variaciones sobre un mismo tema. Los sonidos típicos vienen de instrumentos se conocen remotamente (yo los pocos que

conocía se los debo al hecho de que Nusrat Fate fue maestro de George Harrison). Entre estos está la tabla, un instrumento de percusión que consta de dos tamborcitos y que produce unos ritmos muy simpáticos. Yo había escuchado unas grabaciones de un músico indio contemporáneo, Triluk Gurtu, y había quedado fascinado con ese instrumento. Técnicamente el diseño de la tabla es impresionante, es el único instrumento de percusión capaz de generar una escala armónica.

En fin, que yo iba decidido a comprar una tabla y Udaipur era el sitio ideal. Así que me puse a buscar una tienda para comprarla. Valeria se fue a un “Ladie’s Beauty Parlor” (siguiendo con la tesis del lujo), un lugar exclusivo para mujeres donde dan masajes, hacen *maniquiur* y esas cosas. Me contó lo maravilloso del lugar: es un espacio donde las mujeres de India pueden estar relajadas, libres un rato de los prejuicios conservadores del país. Platican, ríen, fuman a escondidas ... Es lo que yo llamo un paréntesis cultural.

Mientras tanto, yo encontré un pequeño lugar de música que atendía un amable personaje, Rashid. Para no perder la costumbre, estuve un rato platicando con él, bebiendo *chai* y de más. Finalmente tocamos el tema de la tabla. Antes de mostrarme las que tenía a la venta, sacó la suya y se puso a tocarla. Estuve una media hora escuchando su concierto. Después me mostró

las que tenía. Había de todos tipos: grandes, chicas, de distintas maderas, de distintos metales, de distintos precios. El problema con este tipo de compra es que no tenía la menor idea de cuanto era un precio razonable y cuales eran de buena calidad. Es decir, que el tipo me podía estar viendo la cara y yo ni en cuenta. Así que decidí que lo mejor era consultar a un amigo músico de Valeria (vía correo electrónico) y después decidirme. De todos modos, Rashid ofreció darme un par de clases, para que me fuera habituando, hasta que me decidiera por una. Así quedamos.

Al día siguiente fui a mi clase y pasé una hora sintiéndome el más torpe de la historia: ejercicios que Rashid ponía como los más simples, a mi me costaban un trabajo infernal. Pasé los primeros quince minutos intentando dar el golpe básico correctamente. De todos modos, no me desilusioné y prometí regresar al día siguiente a practicar. El problema fue que ese día, en la noche, recibí la respuesta del amigo de Valeria, que me decía que los precios que me habían dado eran muy altos y que lo mejor era que fuera a University Street, donde encontraría tablas de mejor calidad y mucho más baratas. Así que ni modo Rashid, yo lo siento, pero no te voy a comprar la tabla.

-Pero usted me había dicho que...

-Sí , lo sé, pero encontré unas a mejor precio.

-No me puede hacer esto

-Mira, yo te pago las clases, pero no te voy a comprar la tabla...

Fue una situación bastante incómoda, pero al final salí con una buena tabla a mitad de precio de University Street. De hecho, estuvimos en el taller donde se fabrican las tablas y vimos la enorme habilidad que tiene sus fabricantes para realizar la difícil tarea de tensarla: con un pie empujan el tambor, con el otro sostienen un martillo pequeño con el que le dan golpecitos; con una mano detienen el parche, y con la otra lo jalan; finalmente, tensan las cuerdas con los dientes.

Miniaturas.

Cada lugar en India tiene su especialidad cultural y Udaipur no es la excepción. Ahí se hacen las más asombrosas pinturas en miniatura. Hay un gran gremio de artistas que, con un pincel del grueso de un pelo, se dedican a representar desde un evento histórico hasta el rostro de algún ilustre personaje. Para ello tienen técnicas muy sofisticadas como el uso de un tipo especial de pigmento que hacen con polvo de oro, plata, cobre, o incluso, mármol.

Yo estaba paseando por la calle, buscando un broche de plata para una *pashmina* que tenía mi madre, cuando se me acercó un indio muy amable. Al saber mi empresa, se ofreció a llevarme a los establecimientos más apropiados

y mientras tanto hacer de guía de turismo. Yo supuse que terminaría cobrándome por el servicio, pero me pareció tan simpático que accedí de buena gana y lo seguí a distintas tiendas. Tengo la impresión de que era un personaje bien conocido porque mucha gente lo saludaba por la calle. Desgraciadamente, no pude encontrar el broche que buscaba, pero el muchacho que me guiaba tenía un gran sentido del humor y me reí muchísimo con sus narraciones. Al final, mi guía me dijo que él tenía que volver a la escuela, que lo acompañara y de ahí me diría cómo ir hacia mi hotel. Era alumno de una de las más célebres escuelas de miniaturas.

Por esas épocas Valeria estaba estudiando artes plásticas y tenía que hacer trabajo de investigación. Nos pareció buena idea hacer una especie de entrevista a uno de los maestros de esa escuela. Nandu aceptó con gusto.

- El director de la escuela es uno de los maestros más reconocidos-empezó.- El año pasado recibió un reconocimiento oficial por el retrato que hizo del primer ministro en un grano de maíz²³.

Efectivamente, de un cajón sacó una pequeña caja de madera y una enorme lupa. Nos invitó a ver la pintura hecha en el grano de maíz. Para comparar,

²³ Curiosamente, gran parte del maíz de la India es originario de México.

sacó un recorte de periódico donde se anunciaba el premio que había recibido el director y una foto del primer ministro. Era realmente un retrato genial.

- Los estudiantes empiezan desde muy jóvenes – siguió explicando. – Primero uno aprende a hacer trazos finos, a dominar el pulso y a tener paciencia. La paciencia lo es todo en este negocio.

Vaya si lo es. Los principiantes empiezan haciendo el trabajo pesado de los maestros, hacen las siluetas de los dibujos y de vez en vez, ponen los colores principales. Para pasar a la siguiente etapa, añadir texturas y detalles, los alumnos deben pasar un promedio de cinco años. Después, se les enseña a trabajar con materiales especiales, como los pigmentos de oro que les decía.

- Hay una relación peculiar entre la artesanía y el arte cuando uno hace miniaturas. Si ponen atención, notarán que hay muchos motivos que se repiten.

Ya lo habíamos notado. En distintos colores y composiciones habíamos visto varias veces un cuadro que representaba una batalla a las puertas de un castillo.

- La mayoría de los que pintan se dedican a repetir los símbolos. Todas las pinturas están llenas de símbolos. Por ejemplo, a la provincia de Rajashtan se le representa con tres animales: el camello, el elefante y el

caballo. Cada uno de los animales representa una ciudad importante de la provincia. El camello es el desierto, Jaisalmer; el elefante es la fuerza, Jaipur y el caballo, la nobleza, Udaipur.

Mientras nos iba explicando nos enseñaba cuadros que ejemplificaba lo que decía. Nos mostró un cuadro en el que había, en la parte izquierda muchísimos changos, en el centro, una cascada y al otro lado de ésta unos tigres. Nos explicó que, para simbolizar el movimiento, el autor del cuadro, había pintado el mismo objeto en distintas posiciones, como una forma de incluir el tiempo. Así que no es que hubiera muchos changos, sino uno que bailaba por todo el lugar. Era un técnica muy usada y se suena a que los indios descubrieron el cubismo mucho antes que occidente.

- Casi todos los elementos en un cuadro tienen algún significado. La mayoría de nosotros nos dedicamos a usar esos símbolos en distintas composiciones, pero algunos, los que realmente dominan la pintura, - y aquí Nandu casi hace una reverencia frente a la foto de su maestro- empiezan a hacer sus propias creaciones y se convierten realmente en artistas.

Estuvimos otro rato viendo cuadros y platicando (yo incluso compré un par) y nos despedimos finalmente del buen Nandu.

Los castillos.

Por primera vez desde que llegué a India fui a un museo. La verdad es que soy bastante malo para seguir a los guías, me distraigo en las explicaciones y termino siempre cansado. No me gusta ir a museos. Pero en esta ocasión no era solo un museo, era un verdadero castillo: el “City Palace”. Es el edificio más imponente de la ciudad y desde ahí se domina la vista de todo el valle. Como soy malo para ir a museos no les puedo contar cuando fue construido o por cual rey o como se llamaban todos esos personajes que aparecían retratados en gigantescos cuadros. En lugar de seguir las explicaciones, Valeria y yo nos perdimos por la infinidad de pasillos, corredores y salas del lugar. Fantaseábamos con encontrar una galería oculta con un tesoro escondido, jugábamos a perseguirnos y a besarnos en secreto en las torres más altas del castillo, frente a una vista francamente romántica. No aprendí nada, pero me divertí como enano y al final, solo me quedaron algunas imágenes del lugar: un gran vitral que tenía como figura central un pájaro rojo; un largo pasillo que desembocaba en un jardín interno con una enorme fuente; unas escaleras de caracol muy estrechas que llevaban a una pequeña torre...

Esa noche soñé con dragones y batallas.

A la noche siguiente decidimos ir a cenar al Lake Palace. Nos vestimos lo más elegantes que pudimos (lo cual no era mucho) y fuimos en *rickshaw* hasta un

pequeño puerto. Desde ahí nos trataron con todo el glamour de una estrella de cine. Subimos a una lancha a motor que nos dio un pequeño paseo por el lago. A nuestras espaldas quedaba la ciudad, de noche. Las luces reflejadas en el agua, los grandes palacios ahora dormidos, el clima fresco y la compañía de Valeria hicieron de ese paseo una verdadera dulzura. Una vez en el castillo del lago, nos vimos envueltos en una atmósfera de lujo y elegancia, a la manera exótica que solo la India te puede dar. Antes de dirigirnos al comedor, decidimos pasear un rato por el hotel, ahora tranquilos, sin perseguirnos por las esquinas (aunque ganas no nos faltaron) pasamos por amplias estancias y galerías. En el ala sur del lugar, había una gran piscina, que confundía sus límites con los del lago. Era una noche fresca y apacible.

Comimos como reyes. La cena era un buffet dividido en dos barras: comida india y comida occidental. Estuvimos varias horas comiendo, bebiendo y charlando. Ese día, celebrábamos tres años y ocho meses de estar juntos. Y fue realmente una celebración inolvidable. Volvimos tarde al hotel, después de otro paseo en lancha, y nos amamos con toda la ternura que tenemos.

Obligaciones religiosas.

Al igual que en todos los pueblos que habíamos visitado, en Udaipur visitamos un templo, en este caso dedicado a Rama²⁴. Valeria, que es multifacética, soltó un par de palabras en hindi y logró convencer a los encargados de la entrada que era una india del Punjab que venía a visitar a su familia. De este modo, pudimos ver rituales que son exclusivos para hindúes. Esencialmente son iguales a los que habíamos visto en Varanasi, con la campanita frente al Dios y la mancha en la frente, pero en este templo en particular, había más devoción, la gente cantaba con más intensidad y se respiraba un aire un tanto angustiante. Otra diferencia es que el templo era mucho más alto, lleno de adornos y esculturas y en cambio, el terreno era mucho más chico. Nos quedamos varias horas dentro del templo, dibujando y platicando, y ahí caímos en cuenta que el tiempo para acabar nuestro rally se estaba agotando. Teníamos que hacer algo drástico.

A la mañana siguiente, salimos muy temprano del hotel a la estación de tren. El plan era el siguiente: irnos inmediatamente en tren hacia Amrahbat, donde tomaríamos el primer tren que saliera a Bombay. De ahí, sería mucho más fácil encontrar transporte hasta Hampi. Era un plan difícil, pues llegar hasta

²⁴ El héroe del Ramayana.

Bombay suponía unas cuarenta horas de viaje. De hecho, fue el peor viaje que he hecho.

El peor viaje.

En el tren de Udaipur a Amrahabat, nos tocó compartir el vagón con una típica familia de la India. Iban, una pareja de ancianos, con su hijo recién casado y su nuera. Esta última era digna de fotografía: una mujer que debía pesar unos doscientos kilos, que literalmente, se caía de ambos lados de la cama. Estaba feliz por su matrimonio (otro tema del que tendré que hablar llegado el momento) y sonreía y abrazaba a su marido hasta prácticamente ahogarlo. Durante el primer trayecto del viaje resultaron ser unos compañeros encantadores. Cuando llegó la hora de la cena sacaron infinidad de trastos, ollas y cubiertos, y nos invitaron un auténtico *tali* casero, que era una delicia. Conversamos un rato sobre cualquier cosa y poco después llegó la hora de dormir. Así que dispusimos el vagón de modo que quedaban unas especies de catres colgantes. Ahí empezó el infierno. La recién casada, feliz y relajada, roncaba como marmota y platicaba cosas en hindi entre sueños. En tales circunstancias me era imposible dormir, así que salí al pasillo del vagón y me dirigí a una puerta para fumar un *bidi*²⁵. Ahí descubrí que estaba refrescando, y

²⁵ Una especie de cigarro que viene envuelto en hoja de plátano.

corría un viento frío desde el sur. Cuando, rendido al fin, volví a mi lugar, descubrí que una de las ventanas del tren estaba rota, justo la que permitía que entrara un chiflón y me recorriera toda la espalda. No le di mayor importancia, me cubrí con una telita y me quede dormido. Durante la noche desperté varias veces, entre el frío y los absurdos sonido que hacía la recién casada.

Cuando salió el sol estábamos llegando a Ambrahabat. “Ahora, por suerte, cambiaremos de vecinos” pensé. Cuando me incorporé, note todo el cuerpo cortado y cuando quise decir la primera palabra, descubrí que tenía las anginas del tamaño de dos naranjas. Por supuesto, mi perfil hipocondríaco, ayudó para que en seguida me sintiera absolutamente enfermo, aunque Valeria pudo corroborar que tenía fiebre.

De todos modos, una minucia como esa no nos iba a detener, y raudos y veloces nos dirigimos a nuestro tren de las 8:15 a.m. hacia Bombay (el boleto lo habíamos comprado desde Udaipur). Cuando lo encontramos empezamos a recorrerlo buscando nuestro vagón. Son realmente largos esos trenes. No habíamos recorrido ni la tercera parte cuando sonó el silbato anunciando su salida. Decidimos subir en cualquier vagón y seguir la búsqueda por dentro. A todo esto, yo iba cargando mi enorme mochila de viaje, la maleta de la ropa

que habíamos adquirido en Pushkar y además, la tabla dichosa. Y estaba enfermo.

Así que seguimos paseando por dentro del tren y lo recorrimos de forma que la calidad de los vagones (y el precio que había que pagar) iba decreciendo dramáticamente. Pasamos de unos confortables asientos acolchonados, a unos un poco rotos y descosidos, a las sillas de madera, hasta llegar a la gente que se sentaba en el piso, entre gallinas y vacas. En este tren no había, pero me han contado que existe la opción de viajar con los muertos que van hacia Varanasi. Por ahí en medio, pasamos por un vagón que es exclusivamente para mujeres y por más que yo intentaba ocultar mi barba me sentí un bicho raro. Cada vagón tiene un ambiente distinto: en general los de tercera clase están llenos de gente escandalosa, niños llorones, juegos de mesa y bromas. Los de segunda clase son más organizados, con compartimentos divididos y algunas comodidades extra. Los de primera clase parecen tumbas, de lo silenciosos que son.

Llegamos al final del tren y nuestro vagón no había aparecido. El vagón fantasma. En la siguiente estación, nos bajamos y empezamos a recorrerlo en la dirección opuesta, cuando a la mitad volvió a sonar el silbato ese y tuvimos que volver a subir a cualquier vagón. En este punto, yo ya

estaba podrido de cargar maletas, caminar, y estar enfermo, todo al mismo tiempo y había decidido sentarme en el primer asiento libre que encontrara cuando por fin, apareció un inspector del tren. Cuando le explicamos nuestro problema, revisó el boleto y nos explicó que ese era el tren de las 8:10 y el nuestro era el de las 8:15, así que todo lo que había que hacer era bajarnos en la próxima estación y esperar cinco minutos. Ahora resulta que los indios habían heredado la puntualidad inglesa.

Hicimos como nos indicaron y efectivamente, a los cinco minutos apareció nuestro tren, con nuestro vagón incluido y yo me sentía feliz y pensé que ya había pasado lo peor, cuando descubrí que habíamos comprado un boleto en un vagón con aire acondicionado. Por más que me cubrí pase un frío terrible y llegué a Bombay hecho polvo.

Bombay.

Sobre Bombay hay infinidad de cosas que decir. Recuerdo, por ejemplo, la descripción que hace Octavio Paz al principio de su libro “Vislumbres de la India”. Se puede hablar de su puerto, del malecón, de sus edificios y palacios, de las actividades culturales, la miseria descomunal que la azota... En fin, hay infinidad de cosas que decir sobre Bombay, pero yo no puedo decir nada

porque pasé todo el tiempo que estuve ahí en cama. La maldición de las grandes ciudades.

Sin embargo, fue una parada importante. Valeria tiene una amiga de su escuela en Bombay, así que la noche que llegamos fuimos a visitarla. Por supuesto, nos perdimos, dimos vueltas por todos lados (maletas incluidas) y al final pagamos una fortuna de *rickshaw* para dar con la casa. No había nadie. Nosotros habíamos hablado desde la estación de tren informándoles que iríamos, pero nos tardamos tanto que tuvieron que salir y solo nos dejaron una notita en la puerta. Por suerte, en el sobre de la notita habían dejado unas antibióticos y antiinflamatorios que me salvaron la noche. Otra cosa maravillosa fue que pudimos dejar con el portero la mayoría de las maletas que llevábamos y Pooya, la amiga de Valeria se encargaría de llevarlas a su escuela, donde nosotros las recogeríamos después. Así que, más ligeros por fin, llegamos a nuestra habitación de hotel y yo dormí el sueño de los justos.

Pasé el siguiente día sólo, en cama, mientras Valeria resolvía nuestro transporte a Hampi y hacía no sé cuántas cosas más. Un día después me empecé a sentir mejor, y por la tarde fuimos a comer una pizza y a visitar un antiguo y lujoso hotel de Bombay (nada más y nada menos que el Taj Mahal, muy cerca de la puerta de India), donde servían un café de grano que me sentó

muy bien. Por la noche fuimos al cine, a ver una película sobre el narcotráfico entre México y Estados Unidos. Había muy poca gente (claro, faltaban números musicales) y los pocos que estaban, más que ver la película, usaban el cine para discutir de política y negocios.

Al día siguiente me levante mucho mejor, mis anginas se habían reducido al tamaño de dos limones (lo cual era un signo de mucho progreso), y no me costó tanto tener que hacer otro viaje de no se cuantas horas en tren. De hecho, cuando nos subimos al que nos llevaría a Hampi me sentí aliviado, y apenas dejamos la ciudad, estaba completamente sano.

El Mango Tree.

Antes que contar nada sobre Hampi, quiero informar que llegamos a tiempo a la meta (fanfarrias). Efectivamente, logramos pasar el cumpleaños de Valeria en lo que ahora considero uno de los mejores restaurantes del mundo (bueno, del poco mundo que conozco): el Mango Tree. La comida es buena, no genial, de hecho podría describirla como modestamente aceptable. La presentación del lugar, aunque interesante, tampoco es espectacular, incluso algunos podrían comentar que es un poco sucio. El servicio es lento y poco formal. Y entonces, ¿qué tiene de especial el Mango Tree? Realmente es un lugar que hay que conocer para entenderlo. Debajo de un frondoso árbol de

mangos (de ahí el nombre), al aire libre, uno se tira sobre unos humildes tapetes puestos sobre las rocas. Atrás, en una humilde choza, una mujer que es una dulzura, cocina pacientemente *paneer pakoda*²⁶ y otros platillos típicos. Tiene una vista fantástica: a pocos metros está el río, con un caudal lentos y silencioso; después viene el valle, amplio, verde y apacible y al fondo las estructuras rocosas de Hampi. Y, está un elemento que por algún extraño motivo (como todos aquí) es fundamental para el encantó: un enorme columpio colgado del árbol. Pero hay algo más, algo en el ambiente, en el aire que se respira, en los atardeceres majestuosos, algo en la gente que está por ahí, en el árbol, algo inexplicable que me dio la sensación de una inmensa tranquilidad. Entendí perfectamente porque Valeria quería pasar ahí su cumpleaños. Y lo logramos. Nuestro festejo, *ad hoc* con el lugar, fue muy tranquilo. Ni pastel con velitas, ni canciones, ni nada. Simplemente, nos acurrucamos en una piedra, abrazados, y pasamos horas disfrutando del lugar, y Valeria tenía una sonrisa que recuerdo con dulzura. Lo curioso es que esa sensación estuvo presente todo el tiempo que estuvimos en Hampi.

²⁶ Un platillo que consiste en queso con especias.

Un lugar en medio de la nada.

Este pueblo maravillosos es realmente pequeño. En total debe tener una población de dos mil habitantes, todos de una tranquilidad envidiable. El más lujoso de los hoteles es un cuarto oscuro que alguna familia acondicionó en su casa para recibir huéspedes. Al pueblo lo parte por la mitad un río de agua cristalina, que atraviesan en unas especies de cocos flotantes. A lo lejos, están las estructuras rocosas que protegen Hampi, y gran parte del encanto del lugar. Esas formaciones de rocas son muy peculiares, de hecho, son realmente extrañas. Es como si alguno de los múltiples dioses, se hubiera puesto a jugar al “jenga”, o a los castillos de naipes, pero con piedras. Describirlo es muy complicado, pero haré el intento. Sobre una piedra relativamente pequeña, hay sobrepuesta una enorme que carga encima una figura compleja, con arcos, y torres, todo hecho de piedras. A su lado, un poco más atrás, hay unas pilas de pedruscos que se levantan como rasgando el cielo, unidas en la cúspide por una roca plana, asemejando una silla. Después hay una serie de estructuras similares, más chicas, que entre su complejo arreglo dejan huecos donde el viento produce sonidos al pasar. Y así, por todo el horizonte se puede ver a la naturaleza jugando al equilibrio, tentando a las fuerzas del tiempo, del viento y de la tierra con las más absurdas disposiciones geológicas. Yo nunca

he estado en Stonehedge, pero casi podría asegurar que no tiene nada que hacer comparado con la riqueza de formas de Hampi. En un contexto así, cada elemento toma un significado mítico, el valle se me figura el escenario de las más grandes hazañas épicas, y probablemente lo fue. Si uno toma un camino cualquiera, y sale de Hampi unos metros, puede descubrir ruinas antiquísimas de distintas civilizaciones: pequeñas aldeas hechas de piedra, templos y lugares ceremoniales escondidos detrás de alguna montaña o directamente labrados en ella, grandes murallas venidas a menos. Cuenta la leyenda, que durante una épica batalla que se narra en el Ramayana, Hanuman ataca a los enemigos de Rama lanzándoles rocas desde lo alto de una montaña: lo que quedó de la batalla fueron esas extrañas formaciones que hay en Hampi.

Es curioso que haya pasado así. En general, en India y en otros países, cualquier vasija de barro, tumba adornada o pared que se tiene en pie, es base de toda la parafernalia del turismo, con tiendas de artesanías y postales incluidas. Pero Hampi, que debió haber sido en su momento un lugar esplendoroso y que tiene en su dominio parte importante de la historia, parece ser un lugar en medio de la nada, con apenas un par de humildes hostales y una estación de tren. Al menos, esa fue la impresión que me dio.

Sale un ratón.

Con todo y que me quejo de las ciudades (más en la India), en el fondo a mi la vida de campo no me atrae del todo. No soy muy aventurero y me descubro bastante maniático. Por ejemplo, me ponen nervioso los bichos, desde mis odiadas sanguijuelas, hasta los grillos, pasando por las cucarachas, las arañas y, a estos si que los detesto, los mosquitos. Como paréntesis, les cuento que, aquellas amigas que habían estado en McLeod Ganj poco antes de que nosotros llegáramos, también habían pasado por Hampi (a recomendación de Valeria) y nos mandaron un mail contándonos un encuentro cercano que tuvieron con un oso que dormía a las afueras del pueblo. Así que se imaginaran que la situación era como para ponerme nervioso. Por otro lado, tampoco soy muy adepto a salir a hacer excursiones por los montes (mi miedo a las alturas influye), y regresar a casa con las rodillas llenas de raspones, los pies llenos de cayos y alguno que otro hueso fisurado. Confieso que para mi, un buen partido de ajedrez me hace generar suficiente adrenalina como para una semana. Así que eso, que en el fondo soy un poco como ratón de biblioteca (mi madre me lo dice a menudo), protegido por cuatro paredes, y disfrutando de un buen café. En Hampi estaban todas las condiciones para que yo me pusiera nervioso, pero no me pasó. De hecho, realmente me divertí en

ese ambiente bucólico, con vacas sagradas, changos ladrones y arañas (a los mosquitos los mantuvimos a raya con una manta que colgaba sobre nuestra cama). Valeria fue una gran guía y me tuvo una paciencia infinita cuando me atacaba alguna de mis manías y me negaba a seguir por alguna ruta que me parecía particularmente peligrosa, y la adoré por eso. Parecíamos una pareja de película al estilo “la novicia rebelde” tomados de la mano caminando entre pastizales floridos.

Bicicletas diabéticas.

Lo primero que hicimos en Hampi (después del “Mango Tree”, por supuesto) fue ir a descubrir los alrededores. Para ello decidimos rentar unas bicicletas, que tenían toda la pinta de haber sido usadas por los ingleses, tres siglos atrás. Lo maravilloso del valle de Hampi es que, aunque todo parece estar a la vista, está lleno de sitios escondidos tras las rocas. Yo me sentía como un arqueólogo distinguido, que cada dos pasos daba con los restos de un civilización muy antigua (de hecho, algunas ruinas que visitamos datan del 500 a.C.). Hay tantas ruinas, que nadie se a propuesto hacer un trabajo de reconstrucción real, y aunque uno puede tomar paseos guiados, el lugar es tan amplio que la posibilidad de encontrarse con un grupo de turistas japoneses (o de cualquier nacionalidad), cámara en mano, es muy remota. Así que uno se

siente solo y arqueólogo. Lo primero que descubrimos fueron los restos de una aldea. La muralla de piedra que rodeaba lo que debió ser el mercado central y la zona de los templos, estaba en buen estado, excepto por una sección en el ala norte que estaba destruida. Por el tipo de construcción y los pocos vestigios que quedaban en pie, entendimos que se trataba de una obra de uno de los primeros pueblos importantes que habitaron la zona. El pasto se comía las paredes, el implacable paso del tiempo, y el eco que hacían las paredes le daban al sitio cierto aire sepulcral. No había mucho más que ver.

El segundo lugar, bastante más retirado del pueblo era muy distinto. Incluso antes de llegar, la vegetación cambia y se vuelve más espesa. Los árboles y los matorrales impedían ver las paredes de la construcción, solo se alcanzaba a adivinar una puerta debajo de las ramas de un sauce llorón. Efectivamente, uno pasaba a través de esta persiana de hojas frescas y quedaba hundido en un claroscuro confuso. El techo, bajo y húmedo, columnas distribuidas de forma asimétrica y al fondo, un círculo de luz iluminaba una plazoleta interna con una escultura de una mujer bailando (probablemente Kama²⁷). A medida que uno se acerca a la luz, descubre que las columnas están cuidadosamente talladas con grecas y viñetas que probablemente narran una historia. El lugar,

²⁷ Una diosa famosa por su conocimiento en las artes de la seducción.

después me enteré, es un templo importante, y a la fecha, en ocasiones especiales, se realizan ceremonias en él. A pesar de esto, parecía no haber sido visitado en años y al mismo tiempo estaba conservado perfectamente. Valeria y yo nos movíamos despacio, silencios, como preocupados por despertar algún dios que resguardara el templo. Así pasamos mucho tiempo, caminando entre las columnas, descubriendo nuevas galerías e intentando adivinar la forma general del lugar. Nos fue imposible. Al salir, como quitándonos un peso de encima, nos pusimos de excelente humor, platicamos mucho tiempo tumbados en el pasto, y decidimos que lo mejor que podíamos hacer era ir a ese restaurante ya bien conocido a pasar la tarde. La tarde y parte de la noche, porque entre una cosa y otra, cuando nos dimos cuenta estábamos en plena oscuridad, cobijados por la llama de una vela a punto de extinguirse. Tanta oscuridad se prestaba para los más divertidos accidentes en el camino de vuelta al hotel. Hampi, sépase, no tiene alumbrado en las calles y uno se guía por el tacto y porque de vez en cuando, por ahí alguien encendió una fogata. Así que nos tropezábamos, nos dábamos con ramas de árboles y nos reímos como locos. Llegamos al hotel cubiertos de hojas y barro, y, después de un día tan placentero, dormimos el sueño de los justos, abrazados.

Cruzar el río.

Al día siguiente, decidimos cruzar el río en los cocos flotantes y dar un paseo con nuestras bicicletas diabéticas. Si de por sí, lo que conocía de Hampi me parecía humilde, el otro lado es aún más. Chozas hechas con troncos y piedras, caminos de barro y ni una bombilla eléctrica. Supongo que es la zona “nueva” del pueblo, un sector marginal al que todavía no llega el “progreso”. La mayoría de los habitantes se dedican a cultivar unas cuantas parcelas, lo suficiente como para comer y no mucho más. Sin embargo, y como pasa muchas veces, la gente es de una amabilidad asombrosa. Te abren las puertas de los hogares de par en par, te invitan a comer y te regalan sus historias con un gusto inmenso. Yo por ejemplo, apenas cruzado el río, caí en tremenda zanja que poncho una de las ruedas de la bicicleta. Inmediatamente se juntó un concilio, presidido por la que debía ser la más anciana del lugar, y debatieron en el idioma del lugar (aquí ya no hablaban hindi) varios minutos, hasta que acordaron que lo mejor para que yo pudiera continuar el trayecto, era que me llevara la bici del sobrino del hermano de quien sabe quien, y a la vuelta, volviera a intercambiar el vehículo para que me cambiaran la rueda en el lugar donde la había rentado. A mi me parecía una excelente idea, y por supuesto, asumí que me rentarían la segunda bicicleta, pero no, era un préstamo que me hacían para que conociera sus tierras. Por más que insistí en pagar, aunque

fuera algo simbólico, se negaron y me dejaron con la bici sana. Así es la gente del lugar.

Seguimos pues nuestro camino y recorrimos muchos kilómetros, entre las rocas equilibristas y los campos de siembra. Pasamos por varios poblados, donde la gente nos veía sorprendida, pues no era común que los turistas pasaran por esos lugares. Pedaleamos hasta el cansancio, y después caminamos y finalmente volvimos a pedalear, siguiendo, más o menos, la dirección del río. Llegamos al fin a una enorme presa, llena hasta el tope de agua cristalina, gracias a las últimas lluvias del monzón. De hecho, esta presa explicaba que el caudal del río en Hampi fuera tan tranquilo a pesar de las lluvias. Estábamos en medio de la India, el sol lamiéndonos la espalda, la ropa pegada al cuerpo, un poco de brisa moviendo las olas de la presa. No lo dudamos y nos metimos a nadar. Nadamos, hicimos clavados, buceamos, y al final, nos acostamos sobre las rocas a dormir. Despertamos hacia el atardecer y decidimos volver antes que cayera la noche, porque una cosa es andar a tuestas y otra muy distinta andar en bicicleta. En el camino paramos a tomar agua de caña, una deliciosa bebida que hacen con una máquina muy simpática. Ponen la caña en un tubo y la enganchan con una cuerda que, por medio de una manivela, jala a la caña entre unas navajas y después la pasa por una pared

de hielo (cuya apariencia es poco higiénica) para recibir el jugo que escurre en un vaso. Estuve fascinado con esta bebida, pero debo admitir que me dio miedo volver a coger una gastroenteritis como la de Sonauli.

Cuando llegamos al pueblo, cansados, hambrientos y con las nalgas adoloridas, ya todo estaba cerrado, excepto un pequeño lugar de *chai*, donde, al ver nuestras caras, se ofrecieron a cocinar una pequeña cena. Nos supo como elixir de los Dioses. La noche se llenó de estrellas como nunca había visto que lo hiciera.

El templo.

Nos despertamos muy tarde. El día anterior nos había agotado y teníamos hambre. Fuimos a comer (adivinen dónde) y después, cumpliendo nuestro deber, fuimos al templo central de Hampi. El terreno del templo es casi del mismo tamaño que el pueblo. Una compleja red de edificios en distintas alturas, con formas arquitectónicas variadas, como una especie de simbiosis temporal. Llegado este punto en la historia me doy cuenta de algo interesante: he escrito mucho y dicho muy poco. Realmente, si me paro a pensarlo, puedo resumir mis actividades en Hampi en algo así como “comí, fui a dar un paseo en bicicleta, nadé, y fui a un templo”. Nada extremadamente emocionante. Para finalizar, el templo era un templo, nada más. Pero hay un motivo

fundamental por el que me he detenido tanto en contar mis vivencias en este lugar, una necesidad doble: por un lado, que se entienda lo que pasó a continuación y por el otro, la necesidad de recordar con intensidad esos momentos y revivirlos un poco. Ese día, en el templo, al atardecer, fui muy feliz.

Llegó de pronto, sin que me diera cuenta, empezó a avanzar lentamente, discreta. Veía un partido de críquet que se desarrollaba entre los niños del pueblo y de pronto...la felicidad. La luz dorada sobre la cara sonriente, distraída de Valeria, los niños, el tiempo que había viajado, estar en medio de India con la mujer que más quiero... no se que fue, pero fui muy feliz. En fin, no quiero ponerme cursi (lo digo porque yo soy bastante intolerante frente a la cursilería ajena) así que dejaré aquí mi historia de esa tarde, dejando también un poco de espacio para que la memoria deforme ese recuerdo a su antojo.

Esa noche nos quedamos hasta tarde viendo el cielo. Al día siguiente debíamos partir y queríamos aprovechar hasta el último momento en el lugar. Esa noche cantamos con nostalgia una historia de mucho tiempo y nos amamos con implacable melancolía.

Hacia la playa.

La siguiente parada del viaje sería Goa, un pequeño estado al oeste famoso por sus playas. El viaje era largo (como todos en India) y particularmente complicado. No había un tren que nos llevara, ni un autobús normal, así que había que ir en unos camiones públicos y después en una especie de Jeep. La condición de las carreteras era lamentable, llenas de hoyos y zanjas e incluso pasamos por la penosa situación de que se nos ponchara una llanta. Incluso si tuviera un mapa, no podría decir dónde estábamos cuando sucedió. Yo venía feliz, cantando algunas típicas canciones de viaje de mi país, Valeria, que hacía tiempo que no las escuchaba estaba en un ambiente más bien nostálgico, cuando el vehículo que nos llevaba se sacudió súbitamente, como un elefante que se tropieza. En medio de la nada y con la buena voluntad de los indios como única herramienta, tardamos horas en cambiar la llanta.

En la última parte del viaje, llevamos de compañero un alemán que había estado los últimos dos meses viajando solo, así que buscaba compañía a la menor provocación. En Alemania él se dedica a planeamiento urbano, en particular, a la proyección de avenidas y autopistas. Naturalmente, se quejaba de lo que sucedía en India.

- En mi país- decía – planeamos una carretera interestatal para que dure como mínimo cincuenta años. Aquí, en cambio, las piensan para que duren hasta el próximo monzón.

El alemán era un buen tipo, pero me pareció que se puso un poco pelma cuando decidió subirse a nuestro *rickshaw* (ya en Goa), acompañarnos a comer y más aún, cuando sugirió que buscáramos un hotel juntos. Por suerte Valeria, que es diplomáticamente correcta, lo mandó a freír espárragos de manera muy elegante.

En fin, llegamos primero a Margao, y de ahí, decidimos ir a Vagator, un pueblo que, según unas postales que vimos, tenía playas de lo más lindo. Yo iba dispuesto a ponerme negro de tanto tomar el sol, a deshidratarme de tanto nadar en el mar y a tener callos de tanto caminar por la arena. Cual sería mi sorpresa cuando llegamos a la orilla del mar y nos sentimos en Irlanda: un viento espectacular que mecía los pinos que poblaban la playa, el cielo nublado y gris, el agua del mar helada y la arena negra. Por supuesto, todo debido al monzón. Así que nuestros planes marinos tuvieron que cambiar drásticamente.

Un estado muy particular.

Dentro de todas las rarezas de India, Goa es raro. Hay muchos elementos disímiles y particulares en este estado, que es de los más pequeños. Por ejemplo, a diferencia de la corriente conservadora que domina India, en Goa hay una dedicación especial hacia el hedonismo, ya sea en sus playas paradisíacas o en las fiestas masivas que convocan gente de todo el país. Las mujeres visten de forma más relajada, sin tanta preocupación por cubrir los hombros y las pantorrillas, y de vez en cuando, muy de vez en cuando, uno puede ver gestos de cariño por la calle. Por supuesto, hay razones históricas para estas diferencias. En principio, Goa fue un estado colonizado por los portugueses y estuvo bajo su influencia muchos años. Existe una significativa población que en lugar del hinduismo, practica el cristianismo. Es curioso estar en medio de la India y ver iglesias con nombres que suenan familiares como Sao Joao o Sao Paulo. Más extraño aún es escuchar indios hablando portugués, que, cuando lo hablan despacio es muy similar al español.

Además, y aunque parezca increíble, hubo en Goa una segunda colonización, desarrollada por los hippies en los años 60's y 70's. Por supuesto, después la famosa estancia que tuvieron los Beatles en Rishikesh, oleadas de jóvenes occidentales emigraron a India y encontraron en Goa un paraíso terrenal que

cumplía a la perfección sus expectativas de viajeros alternativos. En poco tiempo, las playas del estado se llenaron de fiestas, de curiosos y expertos de los efectos de los psicoactivos, de occidentales en busca de culturas ajenas o del origen de la propia, hedonistas profesionales, teóricos y prácticos de la filosofía de la paz y el amor. En el intercambio cultural, dejaron una gran variedad de costumbres de sus países y, en cualquier caso, en Goa hay una mayor apertura al diálogo con occidente.

En ese sentido, sentí que mi tiempo en Vagator fue una especie de paréntesis espacial, del mundo de la India; un poco una guarida y un refugio desde el que pude empezar a revisar mi viaje por el maravilloso subcontinente.

Una revisión.

Para este momento, ya había visto lo suficiente de India para hacer la siguiente afirmación: por más que pueda sonar descabellado, India tiene muchas similitudes con México. Tengo la impresión de que frente a la amenazante llegada del progreso, (concebido como políticas de estado basadas en indicadores macroeconómicos, privatizaciones a gran escala, modelos culturales estereotipados, globalización y neoliberalismo), ambos países (en vías de desarrollo), poseedores de una diversidad cultural impactante y una enorme riqueza de tradiciones, cultos y creencias, se resisten generando

submundos independientes del desarrollo global. Es como si, en medio del centro comercial más grande del mundo, un pequeño local, adornado de artesanía auténtica, en vez de posters hechos en serie, se dedicara a hacer negocios con la antigua usanza del trueque.

No se exactamente donde radica la similitud de la que hablo: puede ser en la forma en que se desarrolla la famosa “economía informal” y el ingenio con el que se resuelven las cosas a falta de recursos (que supongo que son comunes en todos los países pobres), o en una cultura del goce, cultura de la calle llena de gente, de las plazas y los mercados desorganizados y ruidosos, cultura de la música y el baile a cualquier hora y en cualquier sitio, de las bromas y la risa en medio de la tragedia, del calor humano y la cercanía... No se exactamente donde radica, pero hay un mundo en común, una visión compartida, oculta.

Hay que caminar por donde no se debe, tomar algunos riesgos y confiar en las costumbres del lugar (que más de una vez parecen ilógicas) para encontrarse de frente con ese mundo escondido. Nada complicado: el mercado de Pushkar, o el paseo con Avinav, una conversación por la calle. En todo caso hay que estar dispuestos a que pasé cualquier cosa. Y ese mundo escondido te revela su vida.

En México, como en casi toda Latinoamérica, en las ciudades marginales, las *favelas* y villas miseria, la alegría sale a las calles y baila o canta alguna estrofa al buen humor. En India pasa lo mismo. Algo en esa falta de orden, en la falta de respeto a las normas “establecidas”, en la solidaridad de los necesitados, en descubrir (tener que encontrar) la felicidad en las cosas más simples, en dejarse sorprender, algo de todo esto, llena de vida a la gente. Me parece terrible que mientras los suecos se suicidan hasta hacer famoso a su país por ello, los más pobres entre los pobres encuentran la forma de gozar (en la medida de lo posible) la vida.

India es, claramente, la exageración de ese desorden vital del que hablo y en ocasiones raya en el absurdo. Comparativamente, mi país es muy organizado, funcional e incluso frío. Pero en la mirada de la gente, en el ruido de los pregoneros del mercado, en las historias de los pueblos, en los mitos urbanos y las historias de los abuelos, se siente el ángel de la historia, el lecho del río, nuestros viejos dioses escondidos (pero no muertos) detrás de la cruz, las cicatrices y las victorias, el monstruo de la historia: la unidad impuesta con sangre y el eclecticismo como respuesta. Y ese profundo sentimiento estuvo presente en India como está presente en mis días cotidianos en México.

El submundo.

Así que India está llena de ocupaciones curiosas y actividades llenas de ingenio. Ya he contado sobre los niños que tiran caca a los zapatos de los turistas para después ofrecer sus servicios de limpieza, y sobre las familias que esperan a la salida de las oficinas postales con tela blanca, pero hay algunos otros oficios que llamaron mi atención. Los inventores, por ejemplo. Los indios son de la cultura de repararlo todo (no como occidente donde cada vez es más común adquirir productos desechables) y hay todo un gremio dedicado a buscar arreglos baratos a problemas cotidianos. Uno puede ver pequeños establecimientos, absolutamente desordenados, donde habita un hombre, rodeado de piezas de madera, cables, alambres y pegamentos. Este hombre pasa el día buscando soluciones: desde un diseño para sacar agua del pozo (para lo que probablemente usará un sistema de poleas) hasta reparar un viejo motor de *rickshaw* (para lo que probablemente usará un sistema de poleas). Si bien es cierto que arreglan las cosas, en general, sus soluciones son poco ortodoxas. Una vez, por ejemplo, llevamos un zapato de Valeria con uno de estos reparadores: el problema era que se le había metido un pequeño clavo y era muy incomodo caminar con él. Cuando volvimos a recoger el zapato

recién arreglado, nos encontramos con que le habían hecho un tremendo agujero por el que habían sacado el clavo. En esas condiciones era imposible usarlo. El *vaisa* nos dijo que “solo” nos cobraría diez rupias por el trabajo. Por supuesto que nosotros nos quejamos y nos negamos a pagar un quinto.

- Bueno – nos dijo- ustedes querían que quitara el clavo y eso fue lo que hice: el zapato ya no tiene clavo.
- Pero ahora- se quejó Valeria- ha quedado inservible.
- No hay problema, si me dan treinta rupias, yo puedo arreglar el agujero.

Tuvimos que recurrir al argumento del *karma* y logramos que reparara el zapato por quince rupias en total.

Otra actividad interesante es la de los adivinos. Gitanas de ojos oscuros con las manos pintadas de *hena* y grandes aretes colgando de la nariz, turcos que leen el café, mujeres que echan la suerte en las cartas, lectores de la mano, el vuelo de los pájaros o las entrañas de algún animal, viejos sabios o charlatanes profesionales; la lista es interminable. Algunos de estos adivinos son realmente espectaculares y hacen pensar en la verdadera existencia de lo mítico. Valeria, por ejemplo, tuvo una experiencia digna de contarse donde el tiempo pareció doblarse y dar algunas piruetas. Un día antes de que yo llegara a India, se paseaba por las calles de Delhi cuando se le acercó un indio

misterioso, alto, moreno, de ojos verdes y una larga barba que llegaba casi hasta el piso.

- Soy pobre- le dijo- pobre pero honesto. Si tu me das algo de dinero, te hablo del futuro.

Valeria sacó unas rupias y se las dio.

- Estás contenta- empezó el indio- porque mañana llega a India una persona que te importa mucho. Una persona que viene de muy lejos. Dame más dinero y te digo su nombre.

Valeria se asustó. Treinta años antes, su padre estaba de viaje por India cuando se le acercó un adivino.

- Sé que tu madre murió cuando eras muy pequeño- le susurró al oído- Si me das unas rupias, te digo su nombre.

Treinta años antes, el padre de Valeria había entrado en shock porque un extraño hubiera adivinado algo tan personal y había salido corriendo de ahí. Ahora, como siguiendo un ritual perfectamente establecido, como confirmando la existencia de un tiempo espiral, Valeria también se asustó y salió a las carreras del lugar.

Después, están los semáforos humanos: dos personas que se ponen en la intersección de avenidas muy concurridas y levantan alternativamente focos

de colores a manera de semáforo. Vimos también a la bomba de gasolina humana, un indio que iba metido en el cofre de jeep bombeando manualmente gasolina para que el vehículo pudiera seguir avanzando. Vimos niños cantores; barberos callejeros que te sientan a la sombra de un árbol y te rasuran con una navaja mal afilada y un espejito; limpiadores de orejas que usan unos cucuruchos humeantes para sacar la suciedad del oído; un coleccionador de monedas que cuando le dimos una moneda mexicana nos aclaró que coleccionaba monedas nacionales; faquires comerciantes que por unas monedas caminan por encima de las brasas; domadores de camellos... En India cualquier cosa es posible.

Un paseo.

El primer día en Vagator, a pesar de las condiciones climáticas, fuimos suficientemente necios, como para pasarlo en la playa. El viento soplaba incesante y las confieras a nuestras espaldas aullaban. La arena estaba húmeda por las recientes lluvias y en ciertas parte se volvía un barro lodoso sobre el que era muy agradable caminar descalzo. Nos encontramos un oriundo que nos explicó que el color casi negro de la playa de debe a que, en tiempos de monzón, las mareas sacan grandes cantidades de hierro. En efecto, con el ajedrez magnético de Valeria (que le regalé cuando estábamos en Udaipur)

descubrimos que podíamos sacar limadura de hierro e incluso, moldearla. En esto nos ocupamos un buen rato y poco a poco pasamos de las miniaturas de polvo a esculturas de tamaño más respetable, hechas directamente en la arena. Cuando nos aburríamos de esto, probamos ir a nadar un rato al mar, pero alguna corriente de agua proveniente de la Antártica, especialmente fría, nos sacó inmediatamente el impulso inicial. Así que nos tiramos sobre la arena, simulando que tomábamos el sol, por entre las densas nubes que poblaban el cielo. Eso tampoco resultó. No tardamos en reconocer, que claramente había sido una necedad ir a la playa, y decidimos que lo mejor sería dar un paseo, como hacemos cuando vamos a un bosque. Así que seguimos la línea del mar hacia el norte y, al poco tiempo, dimos con la desembocadura de un río caudaloso. Goa está lleno de ríos. Al otro lado del delta, incrustado en un gran peñasco, pudimos ver un fuerte portugués. Desde ahí, los colonizadores dominaban la entrada a tierra y contenían los actos de piratería. Era una construcción que igual pudo haber estado en Lisboa, o en Gibraltar, a excepción de una torre, que terminaba en un cono muy característico en India, como esos que se ven en el Taj Mahal. Desde nuestra posición, podíamos ver a poca distancia el puente que cruza el río y con él, la carretera y el regreso a la civilización. Por eso decidimos regresar sobre nuestros pasos, para seguir en

el ambiente bucólico, y caminar sobre la playa hacia el sur. Eso tampoco permitía demasiado camino, pues cerca de nuestro punto de partida había un cerro que cortaba el paso. A sus pies había un par de lugares para comer. Lo único que nos quedaba por hacer era sentarnos a tomar algo. A mí no me molestó en absoluto, pues disfruto enormemente las charlas que tengo con Valeria cuando realizamos el rito del café. Mientras platicábamos, pasaban grupos de gitanas, adornadas con inmensos aretes en la nariz o la boca. Cantaban, reían, venían a vendernos artesanías o algún futuro prospero. El sol se estaba poniendo. Empezamos el regreso al hotel. Pasamos por muchísimos hoteles y pensiones, todos cerrados. Estoy convencido de que cuando la época es más propicia, ese pueblo debe tener gran agitación, aunque, por ahora, era apenas una aldea tranquila y callada.

Divertida concurrencia.

Los días seguían nublados y ya habíamos descubierto que la playa no era una opción. En algunos de nuestros paseos encontramos, no lejos del hotel, un lugar muy simpático, una especie de bar que conservaba parte del legado que los occidentales habían dejado en los setentas (una foto de Jimmy Hendrix en una esquina, la portada del Yellow Submarine perfectamente enmarcada) y al mismo tiempo tenía un ambiente muy indio, con telas de Gujarat a manera de

paredes, olores típicos (especies, inciensos, comidas) y biombos de maderas finas. De hecho, algún despistado podría decir que es uno de esos bares “alternativos” que uno encuentra en ciudades modernas.

Dentro, estaba reunida una divertida comitiva: una pareja de académicos ingleses, un muchacho israelita, algunos franceses, el grupo de la esquina que nunca supe de dónde eran y, por supuesto una delegación india. En el fondo una pantalla de televisión pasaba un video de “The Eagles”. Se jugaba a las cartas, al pool, al billar de dedos (que había descubierto antes en Pokhara) . Se platicaba, se contaban chistes, se reía y se bebía cerveza. Los dueños del lugar eran una familia de indios: el padre trabajaba en la barra, la mujer en la cocina y la hija atendía las mesas. Desde que entramos se ahorraron cualquier tipo de formalidad y nos atendieron como si nos conocieran de mucho tiempo.

No llevábamos ni diez minutos sentados y ya conocíamos a casi todos los presentes, que entre sorbos de cerveza nos platicaban sus ocupaciones y nos preguntaban sobre nuestro viaje. Poco después éramos participantes de un torneo de pool, que, si no mal recuerdo, perdimos escandalosamente. El ganador fue Anuk, un indio dedicado a la construcción, alto, flaco y con grandes bigotes, con risa fácil y platica ágil.

Fue el primer y único bar al que fui en India. Las leyes del país con respecto a la venta y consumo de alcohol son bastante rigurosas y no es común encontrar lugarcitos amigables como este. En general, se asocia la venta de alcohol con tugurios de mala muerte, de bandidos y matones, de prostitución y otros negocios igualmente turbios. Esa fue mi impresión en India, pero no en Goa.

- Eso tiene dos lados- me comentó Anuk- Ahora es temporada baja y solo nos reunimos unos cuantos, a beber una cerveza tranquilos y a contar tonterías. Pero cuando es temporada alta esto se llena de israelíes escandalosos que beben hasta quedar sin neuronas, o europeos que consumen cualquier tipo de droga y enloquecen.

Pronto empezó a oscurecer y nos llegó la hora de cenar. Yo pedí un platillo del que nos soy gran fan pero que en India puede llegar a ser un tema: las hamburguesas.

El tema de las hamburguesas.

No creo que las excepciones de Goa respecto del resto de la India lleguen tan lejos, pero la hamburguesa que me comí realmente sabía a vaca. Por ahí me estaban dando una de esas “carnes” de soya, pero llevaba tanto tiempo sin comer algo parecido, que me supo a carne de res. Recuerdo que en alguna de nuestras cortas estancias en Delhi, pasamos por un restaurante de una afamada

transnacional de hamburguesas. Como teníamos que esperar un largo rato, pasamos adentro a abusar de su aire acondicionado. En los manteles que entregaban había fotocopias de recortes de periódicos informando el fin de una larga controversia. Al parecer la afamada compañía tenía claro desde el principio que el negocio de las hamburguesas en India requería un cuidado especial: carne de pollo, de pescado, de soya o algún sustituto que evitará cualquier violación de las normas religiosas. Sin embargo, alguien había hecho correr el rumor de que el aceite que usaban para freír las papas era de origen animal, más precisamente, de vaca. Por supuesto, las ventas de la cadena habían bajado dramáticamente y ahora anunciaban una serie de pruebas que demostraban el uso de aceite vegetal. Entre otras cosas, esa es una de las razones por las que me enamoré de Bahart²⁸, solo aquí pueden pasar esas cosas.

En fin, me volví un fan de las hamburguesas de nuestro bar y eso explica, en parte, que ahora lo llame nuestro.

Parroquianos.

Al día siguiente, después de la sesión de cosquillas matutinas y otros arrechuchos del estilo, salimos a desayunar. En silencioso acuerdo mutuo nos

²⁸ Nombre de la India en hindi.

dirigimos al bar de la noche anterior. Dentro ya estaba Anuk discutiendo con un par de indios y un francés que conocíamos. Nos dieron una calurosa bienvenida y entendí que mientras los días siguieran grises, ese sería nuestro refugio. Lálima, la mujer que atendía la cocina, nos hizo un desayuno especial y debo reconocer que cocinaba delicioso. En el fondo, volví a ver el video de “The Eagles”. Poco a poco fueron llegando todos: Paul y su mujer (los ingleses), el resto de la troupe francesa, el israelí (que efectivamente era escandaloso, llegó en una motocicleta de esas que hacen mucho ruido), los indios... Todos nos saludamos y desde ese momento nos convertimos en parroquianos del lugar. En el fondo del bar, en una esquina, había una mesa pegada a la ventana que por las tardes recibía una luz muy especial. Valeria, que es una fotofílica irreductible, decidió, desde el primer día, que ese sería nuestro centro de operaciones y pasábamos muchas horas sentados ahí, leyendo o escribiendo. Cuando no estábamos ahí, nos entreteníamos jugando a las cartas, al pool o al billar de dedos; nos enfrascábamos en absurdas discusiones sobre el color del que debían pintar el bar o apuestas sobre cuánto duraría la próxima lluvia.

Entre los habitantes del lugar, los indios se caracterizaban por las costumbres más sorprendentes. Por ejemplo, cuando llegaba un grupo de estudiantes que

había decidido pasar las vacaciones en Goa, tenían la curiosa tendencia de intentar fotografiarse con cuanto turista se cruzara por el camino. Está costumbre la volví a ver en muchos lugares de India. Creo que después hacían álbumes con las fotos de todos sus “amigos” extranjeros. Otro ejemplo se dio una noche que entraron al bar dos jóvenes indios, pidieron una cerveza y se sentaron en una mesa céntrica. Estuvieron en el lugar unas buenas horas y en todo ese tiempo no hicieron un solo movimiento, no hablaron entre ellos y se limitaron a beber su cerveza. Parecían los más aburridos del mundo, pero algo me dice que esa era su forma de pasarla bien.

Así fue la vida esos días: juegos, bromas y charlas, siempre con el video de “The Eagles” en el fondo.

Durante el tiempo que estuvimos en Vagator vimos llegar gente nueva, algunos de nuestros conocidos se fueron y nosotros seguimos con nuestra mesa, nuestra cena lista antes de que llegáramos y nuestros amigos. Tengo un recuerdo en particular: una noche que se organizó otro torneo de pool, Valeria y yo, que habíamos mejorado, estábamos jugando cuando pusieron en la televisión un video de Pink Floyd en concierto, justo en la famosa “Wish you were here” y nos emocionamos al grado de tirar los tacos para cualquier parte y besarnos cariñosamente. Después de eso, perdimos y nos fuimos a dormir.

Algunas aventuras.

No todo fue el bar. Tomamos la sana costumbre de que, apenas aparecía un rayo de sol, salíamos a caminar por los alrededores de Vagator, entre cocoteros y palmeras y descubrimos nuevas playas, nuevos pueblos e iglesias. El lugar era paradisíaco y parecía estar en medio de la nada; insisto en que sin lluvia debe ser un sitio fantástico.

Pronto descubrimos que efectivamente Vagator estaba en medio de la nada y que, para volver hacia Bombay (la próxima escala) había que buscar transporte en alguna ciudad del estado, porque desde los pueblitos era imposible. Así que un buen día, que despertamos frescos, nos pusimos a la tarea de organizar nuestro regreso al norte. La mejor opción era tomar un tren, pero la estación más cercana estaba a varios kilómetros y no había transporte público hasta ella. Nos decidimos por la peor opción: rentar una moto para llegar a la estación. Odio con toda mi alma a esos bichos rodantes, ruidosos, sucios (llenos de líquidos asquerosos) , poco eficientes (usan como el 30% de la energía que producen) y sobre todo, inseguros (un pequeño golpe en una motocicleta y estoy convencido que uno sale volando hasta llegar con San Pedro mismo). Rentamos, para mi tranquilidad, la que tenía más parecido con una bicicleta y durante la ida a la estación la maneje como anciano que olvidó

sus lentes en la habitación del hotel. Además, ya he contado la locura que es manejar en India, con carriles cambiados y conductores suicidas.

A pesar de todas estas quejas, hacia la mitad del recorrido descubrí que el viento en la cara provocaba una sensación muy placentera, que el juego de claroscuros que hacía el sol entre las hojas de los árboles convertía el paisaje en un cuadro impresionista y que ir paseando con Valeria abrazada a mi espalda era una verdadera delicia. Además, siempre me tranquiliza tener la vida en mis manos y no en las de un *rickshawwala* insensato. Nos perdimos y dimos vueltas por todo el estado, fuimos media hora detrás de un camión que escupía humo cual chimenea, nos reímos sin parar.

Llegamos, al fin, a la estación de tren para enterarnos de que habían vendido todos los boletos hasta dentro de tres semanas. Después me enteré de que uno de los trenes que pasan por ahí estaba suspendido porque era temporada baja. Tuvimos que ir a buscar una agencia de viajes en no sé qué pueblito para ver si conseguíamos boletos de camión. Valeria manejó ese camino y yo me relajé aún más. Paseamos por Goa con mucha libertad, tomando los caminos más largos (como caperucita), rodeando iglesias portuguesas con campanarios altísimos y viejos sentados en las escaleras, deteniéndonos a comprar

golosinas por el camino. Si algún día puedo hacer un *road movie* escogería como locación este estado.

De pronto, de la nada, empezó a llover a cántaros, una lluvia fina, tibia y limpia, y decidimos seguir nuestro camino mojándonos. Debo confesar que es una de las situaciones más sensuales en las que he estado. Llegamos a la agencia de viajes hechos una sopa, enlodados y felices. Por suerte, conseguimos boletos de camión, nos iríamos en un par de días.

Habíamos andado en moto todo el día y me dio un gusto inmenso llegar a nuestro bar, saludar a los amigos y encontrar que ya estaba lista nuestra cena.

El principio del fin.

Valeria tenía que volver pronto a su institución educativa. Mis vacaciones se estaban acabando y por más contentos que estuviéramos, teníamos que irnos de Goa. Con las maletas ya empacadas, fuimos a despedirnos de los parroquianos del bar y fue una despedida ejemplar. Anuk, con el que habíamos compartido muchos partidos de pool y algunas cervezas nos contó la historia de un amigo suyo, italiano, que todos los años, de marzo a junio, se va a descansar a Goa “ y cada año, cuando llega el día de irse, llora como un niño. Es como una ceremonia. De todos modos, ya todos sabemos que lo veremos el año entrante y que nos reiremos mucho y que se irá llorando”.

Entendí un poco al italiano. Además, para nuestra despedida tuvieron dos detalles muy conmovedores: nos regalaron unas hamburguesas para el camino y justo cuando estábamos saliendo, nos pusieron el “Wish you were here” que tanto nos emociona. Así, ¿como no me van a dar ganas de volver?.

En fin, el regreso hacia el norte, que marcaba el principio del fin fue menos dramático de lo esperado y, a pesar de lo que nos costó dejar nuestro tranquilo refugio, logramos partir con la mirada serena y la voz firme. Nos dirigimos a Bombay y para ello fuimos a Margao en taxi y tomamos lo que los indios llaman un “Sleep Night Bus”. Me pareció un gran invento y alguna día, junto con algunos *rickshaws* voy a importar esos camiones a México. En realidad no son nada del otro mundo, pero tienen una interesante distribución interna hecha de unos pequeños camarotes: en vez de asientos, uno se mete en una especie de caja con vista a la calle donde queda completamente horizontal. No es el vehículo más cómodo que haya visto, pero no está mal.

No está mal al principio, pero después de unas cuantas horas de mal dormir, la forma en que el chofer tomaba las curvas, estampándonos contra los vidrios, y la claustrofobia asociada a un espacio tan reducido llegó a ser muy irritante. Más que un pasajero en un camión cómodo me sentía una gallina en un camión de redilas.

Por esta razón estuve despierto desde muy temprano y pude ver, por fin Bombay: descubrí un paisaje desolador. Cuando abrí los ojos justo pasábamos por uno de los barrios marginales, una villa miseria de las más grandes del mundo, y también de las más miserables. Ya en mi anterior tránsito por Bombay me había impactado la cantidad de gente durmiendo en la calle, pero la visión que tenía ahora era de una dimensión aterrorizante. Lonas de plástico colgadas de un poste o un cable funcionan como casas donde familias enteras viven hacinadas, los niños juegan a la pelota al lado del desagüe de la ciudad, los acomodados de barrio se protegen del monzón en grandes cajas de cartón y latón, que comparado con lo que hay alrededor parecen mansiones. Bienvenidos a Bombay.

Matrimonio.

Con una entrada así, no nos dieron muchas ganas de pasear, así que fuimos inmediatamente a resolver lo que teníamos planeado. Habíamos quedado de pasar por casa de Pooya, la amiga de Valeria que había guardado nuestras cosas, para de ahí, irnos todos juntos hacia Pune (a unas cuatro horas al este). Cuando llegamos, descubrimos que Pooya ya se había ido, pero nos recibió su padre, un señor jovial y muy amable que nos preparó café y desayuno “porque con el estómago vacío no se puede viajar”. Estuvimos platicando con él toda

la mañana y fue muy interesante: pertenece a la minoría que tuvo la oportunidad de estudiar y viajar por el mundo. De hecho, había estado en mi país.

Hacia el mediodía, se ofreció para llevarnos al lugar donde salían Jeeps hacia Pune. En el auto Valeria le preguntó algo que me sorprendió:

- Y tu, ¿vas a escoger el marido de tu hija, o la vas a dejar que decida?

El matrimonio arreglado es una práctica muy común en India y se ve claramente como un negocio. Las dotes que tienen que dar los padres de la novia son casi una fortuna y los matrimonios se deciden al lado del contador de la familia, que determina si conviene o no. Yo supe de una mujer a la que iban a casar con un personaje adinerado y que huyó con su verdadero amor a México, pero me parecía literatura, una ficción cursi y no una realidad vigente como la que estaba detrás de aquella pregunta de Valeria.

- No, yo la voy a dejar que ella decida. Que se case por que quiere. Pero de todos modos, creo que ustedes- occidentales, quiso decir- tienen una idea rara del matrimonio.
- ¿Tu matrimonio fue arreglado?- insistió Valeria.
- El mío fue raro. Yo ya conocía a la que es ahora mi mujer y nos gustábamos. Habíamos salido algunas veces y era claro que nos

gustábamos. Al poco tiempo nos enteramos que nuestro padres habían arreglado que nos casáramos y los dos estuvimos muy contentos con la decisión.

No se porque, me vino a la mente la imagen de la gorda feliz que tanto me había torturado en el tren a Ambrahabat, recién casada.

- De todas formas- siguió el padre de Puja- no todo es blanco y negro. En sus países la gente se casa por *amor* y al poco tiempo se pelea, se separa y se vuelve a casar. Eso aquí no pasa muy a menudo. Yo creo, que muchas veces eso que dicen que es *amor* es una idea preconcebida de la otra persona, y cuando esta no cumple con todas las fantasías, entonces vienen las decepciones y los enojos. Cuando el matrimonio es arreglado, uno llega más respetuoso, conoce a la otra persona poco a poco y los espacios se van dando así. Yo conozco muchas parejas cuyo matrimonio fue arreglado y ahora son muy felices juntas. En todo caso, no todo es blanco y negro.

Supongo que en algo tiene razón.

Advertencias y justificaciones.

Pune es una ciudad divertida: no muy grande (en comparación con las poblaciones de India), arbolada, fresca, con una enorme vida cultural, mucha

gente joven que asiste a la universidad y algunos extranjeros que se han quedado a vivir por ahí. Tiene cerca de la estación de tren una zona de grandes librerías, cafecitos, teatros, tiendas de música, etc... Rodeada de montañas y bosques, atravesada por ríos lentos y apacibles, con un tránsito menos caótico y un calor menos sofocante.

El camino de Bombay a Pune es muy bello, con una carretera que va siempre al lado de vertiginosos acantilados. A mitad de camino hay un pequeño pueblo (no recuerdo el nombre) donde paramos a comer y probé uno de los platillos más ricos: las *dosas*. Una especie de crepa gigantes que rellenan con queso y salsas exóticas y que saben a gloria. A partir de ese día busqué *dosas* por todos lados.

Cuando entramos a Pune, sentí las maletas más pesadas, burda metáfora de la angustia que me suponía la inminente despedida. Lo que restaba del viaje ya no era viajar, no había que pelearse por boletos de tren, ni buscar el vagón fantasma, ni descubrir guaridas en los hoteles, ni caminar sin rumbo fijo, ni andar en bicicleta, ni... En fin, que estábamos entrando a la última escala, y el aire se llenó de signos que anunciaban nuestra separación. No es momento de ponerme dramático, pues aún quedaba un poco de tiempo y quedaban algunas cosas por hacer, pero la sensación de finitud me rodeaba.

Se debe tomar esto como advertencia: no me queda turismo que contar, ni aventuras. El relato de sitios y lugares está casi terminado y ahora, a lo más puedo describir una vida cotidiana de Valeria, que no me incluía. Me queda por narrar como fui descubriendo poco a poco, aquel mundo secreto del que me enteraba por cortas descripciones en las cartas que Valeria me mandó durante todo ese año que estuvimos separados: la vida académica, la arquitectura del lugar, las vistas y los amigos, sobre todo, los amigos. Pero esto ya no es literatura de viajes, o en todo caso, no de los que uno hace con los pies y con el sudor sino de los otros, los que se viven profundamente sentado, en silencio, en actitud de estudioso de antropología social.

En ese sentido, lo que viene a continuación también me es lo más difícil de contar, porque a mí me hace sentido en términos de un año de espera, en el que me construí telarañas e imágenes ilusorias de la realidad donde habita Valeria, porque lo que sentí y viví nada tiene que ver con lo que pasó (que por lo demás no fue mucho) y además, porque se acerca el fin, que no es el fin solo del relato, sino el fin de una de las historias que han tenido más relevancia para mí.

En fin, hasta aquí mi advertencia.

El Mahindra.

A Pune la conocí días después de haberla pisado por primera vez. En cuanto llegamos, nos reunimos en la estación de tren con un grupo de estudiantes del Mahindra United World College of India y tomamos otra vez la carretera. A una hora de la ciudad, sobre las montañas hay un pueblo de unas doscientas personas, Paud, y si uno sigue unos quince minutos hacia la nada, subiendo por las colinas que rodean el río, están las instalaciones del colegio: sobre una planicie, un conjunto de casitas amontonadas en cuatro “barrios” (que la gente del lugar llama *wadas*), y un complejo de edificios más grandes donde se imparten las clases.

Por lo aislado del lugar y la diversidad de nacionalidades que hay en él, se puede pensar en un centro de retiros para occidentales excéntricos, o incluso una institución psiquiátrica llevada con mucha discreción. Yo supongo que los oriundos, que no entienden muy bien la función de la institución, deben especular que ahí dentro se cometen algunas buenas locuras.

En términos generales, yo coincido: los colegios del mundo unido tienen algo de locura. La organización está presidida por Nelson Mandela y la reina de Jordania y tiene nueve centros distribuidos por el mundo. Año con año, unos dos mil estudiantes de todas las nacionalidades se van a internar en una de las

escuelas para recibir una educación de calidad, pero sobre todo, para convivir con culturas totalmente ajenas y generar relaciones internacionales basadas en el respeto. Ese es el objetivo de la institución. Me parece un experimento interesante y puedo imaginar una clase de historia donde un palestino y un israelita comparten puntos de vista sobre la situación actual en sus países, o a un pakistaní y a un indio conversando por los pasillos sobre Cachemira. Además la experiencia de convivir con alguien que se queja en ruso cuando tiene que despertarse temprano, otro que tiene problemas con leer en inglés porque su lengua materna se escribe de derecha a izquierda o de arriba hacia abajo, uno más que se niega a comer papas porque su religión se lo prohíbe, debe ser muy enriquecedor, si se puede mantener la cordura en el camino.

El colegio de la India, en particular, tiene algunas cosas especiales: para financiar la vida de los estudiantes (que están becados) y la de los maestros, un alto porcentaje del alumnado está conformado por jóvenes de Bombay, u otras partes de India, que pagan sus estudios (que para los precios de la India deben ser bastante caros) y la familia Mahindra (de ahí el nombre), una de las más adineradas del país, da subsidio a la institución.

En el camino hacia la escuela conocí a un polaco interesado en la política, a una italiana que quería dedicarse a la biología molecular y a dos indios que

harían trabajos de computación. En cuanto entré a la escuela se multiplicaron las nacionalidades y los intereses: Francia, historia del siglo XX; Italia, arquitectura; Alemania, chelo; Venezuela, literatura... En fin, no podría enumerarlos todos.

Cuando llegamos noté que había dos situaciones especiales: en principio, sólo habían llegado los alumnos que ya llevaban un año en la escuela (los nuevos llegarían un par de semanas más tarde) y ya todos se conocían y se trataban como una enorme familia (estaban los hermanos y los primos cercanos, los tíos incómodos y las tías aburridas....), lo que hacía que la convivencia fuera fluida y tranquila; la segunda situación es que yo no tenía permitido estar ahí.

Esto se prestó para todo tipo de mal entendidos. A veces yo era un estudiante nuevo que había llegado antes porque todavía no hablaba inglés y tenía que aprender antes de iniciar clases, otras fui un sobrino del director que había ido a visitarlo por unos días, otras más fui un bulto escondido en un rincón para que el director o su mujer, que no eran mis tíos, no me descubrieran. Los primeros días, me quedaba solo en la habitación de Valeria, que compartía con otra amiga, y esperaba a que ella se robara comida para poder desayunar. Poco después me arriesgue a ir al comedor y al poco tiempo, paseaba tranquilo por el campus. De todos modos, dormía cada noche en un lugar distinto y me

sentía perdido, paseando solo en una escuela, así que mientras Valeria y sus compañeros iban a clase, yo salía del colegio y me iba a Pune.

La realidad de lo imaginario.

Recorrí entonces lo que tantas veces había imaginado, caminé sobre *MG Road* y otras calles de nombres que me eran familiares, fui al National Hotel a tomar café, estuve en aquella librería de múltiples pisos, me perdí y caminé sin rumbo, como uno de los paseos que Valeria solía dar y relatarme después por carta. Es decir, que a pesar de estar por primera vez en la ciudad, la reconocí. Quité de un tirón un manto de niebla y me encontré con Pune. Saber tangible un mundo que imaginaba restringido a la literatura me llenó de tranquilidad. Ni un museo, ni un templo, ni un lugar de interés turístico, nada; solo caminar por las calles e imaginar a la mujer de mis amores haciendo lo mismo. Casi como un mandamiento, como un retorno a la Meca, me dirigí a tomar té al “German Bakery”, un sitio donde los alumnos del colegio se reúnen a celebrar cosas importantes, o simplemente a pasar la tarde. Sentado ahí, rodeado de *sanyiasis*, tomando uno de los mejores tes de limón que he probado, fumando unos 555 falsos, entre partidos de ajedrez y ruidosas conversaciones entré en crisis. Pronto habría que volver a las tardes de domingo con atardeceres lánguidos, al tráfico cotidiano, a la soledad sin compañía, a la prisa, la

nostalgia detrás de las esquinas, la melancolía en las paredes; volver al entusiasmo sin ganas, a amarrarse los zapatos sin sorpresa, a dormir separados y soñar juntos; volver a sumergirse. Y vinieron a mi los ancestros, las historias pasadas, las risas y los llantos, la despedida en el aeropuerto de México, llena de mocos, más de un año atrás, la sonrisa que tienes al despertar, nuestros juegos y lenguajes, tu Pretoria sin mar, tus alas del deseo empapadas, la forma en que frunces el ceño cuando te confundes, tus ojos mediterráneo... Y fue realmente una crisis, y sí, los hombres también lloran y quiero hacer berrinche y mandar todo a la mierda y quedarme en India a vivir de clandestino debajo de tu cama, robar el desayuno y pretender ser el sobrino del director, pero no volver. ¿A que? ¿A extrañarte, a dedicarte en secreto mis méritos, a compartir con mi idea de ti los momentos hermosos, a preparar las cosas para tu regreso? De ninguna manera, y por más que la comandancia general me lleve a la corte marcial por desacato, yo me quiero quedar aquí, donde te puedo sentir completa y viva, donde puedo sentir tu aliento por las noches y escuchar tu risa por la mañanas. En cualquier caso, debo acabar pronto este té, pagar y salir corriendo de aquí, no vaya a ser que esta crisis dure más de lo que es sensato.

Varias veces durante esos días volví al German Bakery, algunas con Valeria y se convirtió para mí, en un monumento secreto a las crisis, una auto complicidad me hacía sonreír cada vez que pasábamos cerca o nos sentábamos a jugar al ajedrez. Superé la crisis, y ahora estoy aquí, contándoles el fin de mis aventuras.

Los sanyiasis.

Conscientemente decidí no poner una nota a pie de página para explicar este vocablo porque creo que merece un paréntesis propio. En India, hay una vivencia de lo “místico” muy particular: el país entero está lleno de gurús, maestros de la magia y el encantamiento, hombres y mujeres con dones especiales, personas con grados de conciencia más elevados, seres extraordinarios... o por lo menos eso dicen ser. Hay algunos muy serios, que provienen de un linaje antiquísimo y que se toman con mucha responsabilidad las prácticas espirituales: verdaderos renunciantes, monjes o maestros. Hay otros, que a pesar de sus dudosa seriedad, son muy afamados: se dice que camina flotando sobre el suelo, que son capaces de prodigios propios de la alquimia, que son encarnaciones de los dioses o incluso dioses. Hay otros de características muy simpáticas como una mujer que se sienta en su templo todos los días para recibir a cantidades industriales de gente y darles un

abrazo, solo eso, darles un abrazo. Y por último están los charlatanes y embaucadores, comerciantes de almas, vendedores de terrenos en el paraíso, dueños de la plusvalía de las buenas acciones y fabricantes de fanáticos en serie.

Si uno piensa en la crisis ideológica de occidente (desde la muerte de Dios hasta la caída del muro de Berlín, pasando por Walt Disney en un cubo de hielo y Lady Di en una cripta en el panteón familiar de la realeza) no es de sorprender que la gran mayoría de estos maestros del misticismo llenan sus aulas con rubias caucásicas que buscan la felicidad vía el hedonismo, seguidores de Kerouack, intelectuales de microondas , ejecutivos que buscan desapegarse de su auto, aventureros espirituales, junkies en vías de superación, amas de casa en búsqueda de la libertad o señoras deprimidas por la muerte de su canario. Ojo, no siempre es así, e insisto en que hay grupos de mucha seriedad y que merecen mi más profundo respeto, lo que quiero decir es que hay algunos que, a falta de algo mejor, se quedan con lo que venga, tanto maestros como alumnos.

De hecho, hace no mucho que apareció una especialidad de la sociología (conjuntamente con psicología) que es la de “desprogramador”. Tipos que se dedican a recuperar hijos de familias adineradas de las garras de líderes de

sectas religiosas. Hace poco apareció una película de Jane Champion (“Holy Smoke”) que trata el tema.

En fin, el punto es que si uno se sienta, a cualquier hora del día, en el monumento a la crisis, hay un montón de occidentales (unos cuantos con cara de delirantes) vestidos con una túnica roja: los *sanyiasis*. A menos de dos cuadras del lugar está ubicado el *ashram* de un personaje interesante: Osho. Este líder religioso, que murió hace poco, fundó una escuela de prácticas espirituales en Pune. Es bastante famosa y entre algunas de sus peculiaridades están: te cobran (en dólares) no solo la estancia y el alimento sino todas y cada una de las prácticas que realizas; su fundador tenía una colección bastante numerosa de Rolls Roys y fue acusado en Estados Unidos de fraude fiscal; es una de las principales atracciones turísticas del lugar. *Sanyiasi*, como se hacen llamar los seguidores de Osho, es un vocablo sánscrito que significa “hijo de Dios” y en Pune en particular es sinónimo de plaga roja, al estilo de las marabuntas.

Esos son los simpáticos personajes que, a los gritos o perdidos en profundas reflexiones, te hacen compañía en el German Bakery.

Los días que restan.

Los días que restaban los dedique a simular la cotidianidad. A menudo iba a Pune a comprar cosas para la “casa”: azúcar para el café que había traído desde México, frutas y verduras del mercado, cigarros, trastes y demás. Para esto, me iba a pasear por *MG Road*, la calle donde están los principales comercios indio. En un de estos paseos descubrí que a solo dos cuadras de esa importante avenida, está la zona musulmana. Es curioso que con solo caminar un poco uno puede encontrar tan radicales contrastes: de las tiendas de *saris* y *salvarcamis* donde las indias se pasean con sus *bindis* en la frente, a mujeres completamente cubiertas caminando en calles tapizadas de banderas islámicas. De hecho, esta proximidad ha ocasionado algunos conflictos serios, principalmente en un sector del comercio muy específico: las carnicerías. Mientras unos venden carne de vaca, los otros comercian con ganado porcino. La convivencia de las culturas no siempre es tan pacífica como uno querría.

Dentro de mi cotidianidad, las mañanas las pasaba leyendo en el cuarto o paseando por ahí, las tardes en tertulias en alguna *wada*. Eso era muy divertido. En el fondo parecía una reunión de vecinos de un pueblo pequeñísimo: se platicaba de los suceso interesantes del día (que en general eran del tipo “Me encontré una rana en el baño” o “Se me acabó el papel de

baño”), se tomaba café, té, mate, *chai* o alguna bebida exótica que alguien había traído de su país natal después de las vacaciones. Supongo que si no fueran todos una bola de personajes excéntricos, llenos de proyectos, actividades y culturas distintas, a los dos meses de una convivencia tan cercana terminarían arrojándose las tasas a la cabeza o se volverían una tribu de ermitaños. Pero la mayoría son, al menos, interesantes y conocí gente muy auténtica. Estaban: Talía, la española tímida de voz profunda; Ingrid, la dominicana de sonrisa dulce; Tommy, el noruego de las observaciones agudas; Vera, la mujer de Montenegro que pintaba la guerra; Mara, la italiana renacentista; Melchior con su chelo; Chati, Jeremi, Hans... En fin, si tuviera que escribir sobre cada uno de ellos, llamaría al escrito “Cada loco con su tema” o “Concilio de Cronopios”. Disfrute muchísimo las charlas de las tardes. En otras ocasiones, fuimos a visitar a maestros de Valeria, lo cual suponía algunas comodidades extra. Por supuesto, sus casas están mucho mejor armadas y si uno va de visita le ofrecen comida o algún chocolate de buena calidad. Por las noches, cuando nos era posible, escapábamos a Pune y nos íbamos a cenar a algún restaurante que Valeria conociera y fuera sabroso.

Me dedique a la penosa tarea de adquirir artesanías típicas o detalles del recuerdo para llevar a México. Siempre he odiado esa parte. En una ocasión,

acompañe a Valeria a comprar una computadora de segunda mano, pues le era indispensable para el año escolar por venir. Incluso en estos establecimientos tan sofisticados, los negocios se hacen siguiendo el conocido protocolo y me dio mucho gusto encontrar continuidad y congruencia en el país. Así, después de beber *chai* y platicar un buen rato salimos con una computadora que a las tres semanas se puso a hacer berrinches que dio lata durante todo el año que Valeria estuvo en India.

Tecnología

La verdad es que nuestra experiencia con la computadora, no es común. India, a pesar de su pobreza generalizada y sus conflictos internos, está en la punta de lanza de la tecnología. Los jóvenes indios que tienen acceso a la educación, tienen un especial interés en el área de las ingenierías, la física o las matemáticas. Año con año, las universidades más prestigiosas de países del primer mundo convocan a estudiantes talentosos de esta parte del mundo a usar su conocimiento a favor de las potencias a cambio de estabilidad económica, creando así la más impresionante “fuga de cerebros” del mundo. De hecho, históricamente India se ha caracterizado por la agudeza de sus científicos. Recuerdo en particular una historia curiosa que sucedió en la década de los veinte, en Cambridge. Escondido entre los múltiples pasillos de

la universidad, estaba el cubículo de un matemático hindú. Las más grandes mentes del lugar, pasaban de vez en cuando por el cubículo para hacer alguna consulta. Y es que, el matemático hindú era famoso por su habilidad para resolver ecuaciones diferenciales. Su método: cuando alguien le traía una ecuación especialmente difícil, anotaba en un papel el problema, pasaba a la parte de atrás del cubículo donde tenía un hermoso altar y se ponía a convocar a todos los dioses que podía. Después de un largo trance de oraciones y ritos, volvía con la respuesta exacta al problema (y todavía hay quien insiste en hablar del “método científico”).

Así como hablaba de las similitudes entre México y la India, soy también conciente de las diferencias. Una de ellas es que el papel de la India en el panorama internacional será decisivo para el futuro próximo, no así el de mi país. Por varias razones: primero, la población en el subcontinente es mucho más significativa. Entre Baharat y China, completan casi un tercio de la población mundial. Segundo, su estatus de potencia. India, por más subdesarrollada que esté, cuenta con bombas atómicas y en un momento donde la riqueza no se mide en el bienestar de la gente, sino en el poder destructivo de los países, este elemento la convierte en una variable importantísima para el desarrollo futuro. Tercero: la tecnología. El enorme

desarrollo de técnicas y métodos que hay en el país, permite que su crecimiento económico sea estable (casi 7% anual) y que su industria sea independiente de inversión extranjera. Por todo esto, no es de sorprender que las relaciones con otros “vecinos poderosos” generen muchas tensiones y que los mandatarios de las potencias tengan una especial atención para con el país.

La última y nos vamos.

A estas alturas del partido, los directivos de la escuela ya habían notado mi presencia y me mandaron a dormir a la habitación de huéspedes, un cuarto como cualquier otro que me rentaron a un precio escandaloso. La verdad, tengo la impresión de que ya había pasado en la escuela más tiempo del permitido por el reglamento interno, así que el precio que me hicieron pagar fue una forma sutil de sugerirme que era momento de partir. De todos modos, resistí un par de días, y así, entre libros, charlas, café y la ternura de Valeria pasé el tiempo hasta que llegó el día de irme. En realidad, el día anterior.

Empaqué todo, las artesanías compradas recientemente, los libros que compré en Katmandú, la *tanka* de Mc Leod Ganj, la ropa de Pushkar, la tabla, las miniaturas de Udaipur, los rollos de foto de todos los sitios por los que pasamos (que para entonces eran una buena cantidad). Dejé otro tanto: un zapato sin su par (que se había quedado en el Jeep que nos trajo de Bombay),

ropa que, después e unos meses de uso y el delicado trato de la lavanderías indias, estaba en condiciones lamentables, comida que había comprado con la intención de llevar a México pero que, por su naturaleza, probablemente quedaría confiscada en la aduana... Valeria y yo nos fuimos a Pune a pasar el último día, a comernos a besos dejando ya nuestro papel de viajeros alternativos, a besarnos en el *rickshaw*, en las esquinas, en los restaurantes, en el German Bakery, besarnos hasta que toda India, escandalizada, gritara basta y todavía más.

Nos tocó una hermosa lluvia de monzón. En esta zona de India, que pasa siete meses azotada por un calor salido del infierno mismo, un calor que incendia los montes, que mata las cosechas y que aplasta a la gente contra el asfalto, un poco de lluvia es como una bendición. Los niños salen a la calle a mojarse, los hombres celebran y las mujeres cantan, allá a lo lejos, los alumnos del Mahindra hacen una fiesta pensando en que ya no será necesario meterse en la fuente para refrescarse, todo mientras la tierra vibra electrizada, el cielo se oscurece amenazadoramente y caen grandes gotas de agua helada. No nos protegimos, caminamos tranquilos y felices sintiendo la alegría que viene con el monzón, saltamos sobre los charcos y, literalmente, cantamos bajo la lluvia. Habíamos perdido cualquier clase de pudor.

Rentamos una habitacion lujosa en un hotel a menos de media cuadra del *ashram* de Osho y la noche que pasamos ahí cantamos como gitanos desconsolados, como Sherezada una noche después de las mil y una, como Penélope viuda, como Dios nos dio a entender. También reímos, lloramos, nos contamos cuentos, hicimos planes, contamos los minutos para nuestro próximo encuentro, nos desvelamos y por fin cuando la emoción nos agotó, dormimos abrazados y soñamos con bañarnos juntos en el mar.

El día que del que tanto he hablado.

Por fin nos despertamos. Afuera había un sol radiante secando las gotas que habían quedados sobre los árboles después de la lluvia del día anterior. Nos despertamos y durante horas nos resistimos a levantarnos. Me sentí un naufrago; sentí que éramos los únicos sobrevivientes de un barco hundido y ahora navegábamos por un mar incierto con nuestra cama como último refugio; sentí ganas de tener conmigo la invención de Morel; sentí miedo, de perderte, de perderme, de no encontrarnos más, del tiempo sin ti, de la tristeza; me sentí vivo. Afuera, la ciudad despertaba, nos llegó el ruido creciente de la calle, las mujeres llevando sobre la cabeza tapetes o fruta, los hombres gritando por la calle, los *sanyasis* empezando alguna práctica y mientras todo esto sucedía, nosotros nos aferrábamos en un abrazo desesperado, fingiendo

que el tiempo se había detenido. El tiempo, por su parte, se encargó de hacer todo difícil y obligarnos a salir corriendo, con las maletas medio abiertas, el pelo a medio peinar, la panza vacía y un gran peso en el corazón. Todo esa mañana sabía a recuerdo prematuro y a despedida inevitablemente larga. Valeria y yo nos reíamos cuando el conductor de *rickshaw* se negó a poner el medidor y quiso cobrarnos una fortuna, cuando nos hicieron pasar por una cantidad inaudita de trámites y papeleos para entrar al aeropuerto, cuando nos sirvieron el último *chai*, cuando nos informaron que el vuelo estaba retrasado. Que íbamos a hacer, que opción nos quedaba sino reír para no llorar.

Después, vino la sala de espera, que es como todas las salas de espera del mundo, llena de amargura e historias de tristeza. Caímos en un profundo silencio que solo interrumpíamos para acompañar la soledad que sentíamos en el otro. Y entonces sí, el tiempo, caprichoso por naturaleza, decidió estirarse como solo puede hacerlo en India, para dejarnos incontables minutos en el vacío.

Por fin llegó el momento de despedirnos y, como es natural, repetimos la escena que se había suscitado a muchos kilómetros de distancia, un año atrás: nos abrazamos, nos dijimos las cosas más dulces que encontramos y nos llenamos de mocos.

Lo que seguía era un vuelo a Delhi, una espera de varias horas para volar hacia México y una espera de seis meses para ver de nuevo a la mujer de mis amores. Después de un abrazo que duró varios minutos, intenté recobrar la compostura, pero alguno de los dioses indios decidió que no había sido suficiente y cuando estaba a punto de pasar migración me informaron que me faltaba un documento y me hicieron volver a salir a la sala de espera. Yo, corrí desesperado para pasar aunque fuera un minuto más con Valeria pero ella ya se había ido. Entonces sí que me quebré y lloré hasta el absurdo. Lloré al pasar migración, al subir al avión, al despegar y durante las dos horas de vuelo a Delhi y en cuanto llegué, me gasté las últimas rupias que me quedaban en una llamada por cobrar al Mahindra United World College of India, todavía llorando.

Epílogo.

Así fue como terminó la historia de la canción (o por lo menos esa etapa de la historia de la canción) pero yo todavía debía pasar varias horas en el aeropuerto de Delhi, mi odiada ciudad. Ahora agradezco esas horas. El aeropuerto estaba lleno a reventar: familias enteras sentadas en el piso, ruido y gritos por todas partes, historias de reencuentro o de despedida. Yo, ahora solo y agotado me senté en un rincón a ver India en su lento transcurrir, e

inevitablemente, me perdí en un profundo recuento de mi viaje, a la fecha, el mejor de mi vida.

Debo reconocer, para empezar, que fue un viaje poco turístico: no conocí el Taj Mahal, ni el Red Fort, ni el árbol de mango del jardín botánico de Calcuta, ni el Templo dorado, ni la puerta de India en Bombay, ni... No me molesta en absoluto que así haya sido y en cualquier caso, siempre es bueno dejar pretextos para volver. Al volver a México tendría que hacer un buen ejercicio de imaginación para narrar mis aventuras con datos preciso. Podía imaginarme a mi familia preguntándome el año en que se construyó tal o cual lugar, la localización de algún monumento importante o la población de alguna ciudad. Habría que inventar. No está bien visto que uno resuma su viaje confesando que, en realidad, se dedicó a caminar, a beber cosas exóticas y platicar. Pero si lo pienso bien, eso fue más o menos lo que hice.

Vinieron a mi muchos recuerdos: un pequeño y sucio callejón de Varanasi por el que se paseaban unas vacas bajo una luz dorada. Valeria, que no había comido carne en lo que parece una eternidad tuvo un momento de salvaje primitivo y empezó a salivar viendo el ganado.

Recordé que, antes de partir hacia Nepal, pasamos una noche en un hotel alejado de los *gaths* y por la mañana descubrimos que una familia de

monos se había instalado en la azotea que estaba frente a nuestra ventana. Los monos, que gracias a *Hanuman* son sagrados e intocables, jugaban a arrebatarse la ropa que habían robado de un tendedero cercano. Uno de ellos se enfrascó en una dura pelea por una camisa azul que, por un complicado movimiento en la batalla, terminó perfectamente puesta sobre él y en todo el tiempo que los estuvimos viendo no se la pudo quitar. Tal vez todavía pasea por las calles de Varanasi un chango vestido de azul.

Recordé la cara del niño nepalí políglota cuando lo invitamos a él y a sus hermanos a “cenar” en un pequeño puesto callejero y la alegría que me dio verlo sonreír cuando cumplimos nuestra promesa de comprarle leche (que, por cierto, creo que era de búfalo).

Vi al sadhu con cara de gorrión que, sentado en una roca en Bagsu (un pueblo a unos quince minutos a pie de Mc Leod Ganj) me ofreció sentarme a fumar *chilam* con él y a una tibetana que nos preguntaba sobre las posibilidades de llegar a Estados Unidos pasando por la frontera de México.

De Pushkar, vino a visitarme, en primer lugar, un músico que todas las mañanas se sentaba frente a nuestro hotel, a las orillas del lago, a tocar y cantar canciones típicas del lugar. El último día antes de partir, compré un casete con su música. Después llegó la niña que vimos durante nuestro paseo

por las afueras del pueblo: lloraba desconsolada porque había perdido a su madre. Nos regaló una enorme sonrisa cuando la ayudamos a llegar a su casa.

Poco después me encontré en Udaipur, en una calle con mucho movimiento, un lugar de reunión de los jóvenes y estuve platicando con el más simpático de los artistas de miniaturas que he conocido. Un joven muy culto, muy educado, con la característica peculiar de que, de las orejas, le crecían unos pelos de veinte centímetros. A diferencia de un compañero suyo que, cuando supo que éramos mexicanos, nos asoció inmediatamente con la mítica figura de Maradona, este artista nos habló de las diferencias entre los templos de las culturas mesoamericanas y los de su país y nos regaló postales con su trabajo impreso en ellas.

De Bombay sólo recordé el malestar y, por suerte, mi memoria llegó rápidamente a la belleza de Hampi con sus indescriptibles configuraciones rocosas. Ahí me vi paseando entre vacas durante la más violenta lluvia del monzón. Me vi también arrepintiéndome de nadar en la presa cuando, al salir de ella, vimos un letrero que decía “Cuidado. Cocodrilos presentes”. Por supuesto, recordé mi visita al templo de *Hanuman*.

En Goa me bebí una cerveza, jugué al pool y platiqué con los amigos. Recordé el camino a Bombay y el desayuno en casa de Pooya. En la carretera

hacia Pune vi un anuncio espectacular que resume de manera extraordinaria mi impresión de India. En el cartel se veía la foto de un tigre a punto de saltar sobre su presa (que, por el ángulo de la foto, parecía que la presa era uno mismo) y en grandes letras blancas había una leyenda que decía “No tema. Crea.”²⁹. Finalmente caminé por las calles y plazas de Pune, jugué al ajedrez en el German Bakery y me vi obligado a despedirme nuevamente de Valeria.

Así, con esta soledad tan concurrida, me encontré otra vez en el aeropuerto de Nueva Delhi. Como no me quedaban lágrimas me reí como loco. India me había enseñado, entre muchas otras cosas, que cualquier intento de definición de la vida, de lo que es bueno para la gente, de las costumbres apropiadas para lidiar con el mundo, se ven siempre superadas por la realidad del mundo. Antes, cuando viajaba, intentaba un ejercicio reduccionista: tomar las experiencias del viaje y limpiarlas de las expresiones particulares de cultura. Mi hipótesis era que, si uno es lo suficientemente agudo y quita la mayor cantidad de paja de las diferencias culturales, llegaría al final a una visión básica de humanidad, lo que todos, a pesar de nuestras creencia, ritos y tradiciones, compartimos. India me dio la fuerte sensación de que este ejercicio teórico es imposible. Hay que empezar del otro lado, tomar la

²⁹ Aquí hay un problema con la traducción. La leyenda decía en inglés “Don’t fear. Believe.”

humanidad como lo que se expresa en los humanos y buscar todas sus posibilidades, estar abierto a que los hechos que suenan más absurdos, las creencias más antiguas y los cultos a la tecnología, la visión de la muerte como finitud o como continuidad, la tristeza en la abundancia y la felicidad en la miseria, todo lo que hacemos es humanidad. Y me reí de mí, de mis prejuicios y mis concepciones prefabricadas, de mis ideas de lo que era natural; y sentí, como una intuición emocional más que como un descubrimiento racional, que, en el fondo, las decisiones que he tomado sobre mi forma de vida son eso: decisiones. Me sentí ligero y con ganas de comerme al mundo.

Ahora me quedaba una angustia, una tristeza azul, un canto atorado en la garganta: me sentía sólo. ¿Qué hacer con esas ganas, con ese abrazo al vacío, con el tiempo (el caprichoso tiempo) por venir, con nuestra historia inconclusa, con la necesidad de quererte, de despertar contigo todas las mañanas? ¿Qué hacer con la angustia de sentir cada día tu imagen más difusa, con ir olvidando poco a poco como suena tu voz, con el miedo? ¿Qué hacer?

En los *Upanishads*, *Shiva* responde esta pregunta a los hombres que acaban de aparecer sobre la tierra: “Su deber divino a partir de ahora, será crear mundos fértiles. Llenen el mundo de fertilidad”.